

A N T O N I O

L Ó P E Z

B A E Z A

L O S C A N T O S

D E L

E S P Í R I T U

(POESÍA Y PROFECÍA DE LA VIDA CRISTIANA)

1980 – 2003

**A JUAN FERNÁNDEZ MARÍN,
tan buen amigo
como paciente lector de mi obra.
Con inmensa gratitud.**

CONFESIÓN PRELIMINAR

Escribir acerca de la vida cristiana, como yo he pretendido hacer en este libro, no deja de ser algo ingenuo y no menos arriesgado, si se tiene en cuenta lo mucho y bueno que se ha escrito y escribe sobre esta materia.

Sin embargo, cuando uno se percata -no sin dolor- de lo mucho que necesita el mundo de hoy redescubrir, desde sus propias coordenadas culturales y desde su sensibilidad colectiva, la dimensión humana y humanizadora de la fe en Cristo, no tiene más remedio que sumarse al concierto de tantas otras voces, consciente de ser una más, pero también una distinta, que viene a enriquecer la sonoridad de la sinfonía cristiana, siempre inacabada, en constante desarrollo de su enorme potencial ennoblecedor y embellecedor de la vida.

Yo he sabido, bajo los destellos de la propia experiencia de fe, que, la vida cristiana, en cuanto que Vida en el Espíritu, es una razón y una fuerza que se nos regala, a fin de que podamos alcanzar profundidades en el ser, no fáciles de conseguir por medios distintos. No se crea, sin embargo, que la Vida en el Espíritu aporte poderes mágicos a la existencia creyente, ni la libere de riesgos y pesares que conlleva todo vivir despierto, todo vivir en fidelidad a sí mismo; no. Pero sí podemos afirmar, como experiencia gozosa e inalienable de todo auténtico creyente que, la Vida en el Espíritu, no se casa con ninguna forma ni medida de vida superficial, cual podría ser una vida de ambiciones, mentiras, rivalidades; vida sujeta a convencionalismos y apariencias; vida en definitiva conforme con una mediocridad frustrante. Es, ante todo, Vida de Comunión con todo lo que es Vida. Es afirmación y defensa de la vida en todas sus manifestaciones, especialmente las de autenticidad humana. Es un encuentro con el Espíritu Vivificador, vivido en el corazón de toda realidad presente y en marcha hacia un futuro de plenitud.

La vida cristiana, en cuanto que Vida en el Seguimiento de Jesús de Nazaret, es gozo de una intimidad que nos conduce a la aventura apasionante de ir descubriendo, paso a paso, que el Amor es la única fuerza y la única razón que justifica y eleva nuestro paso por este mundo. ¿Existe algún otro estilo de vida, fuera del Seguimiento de Jesús, que subraye tanto la importancia del Amor, en el proceso de maduración y realización de la persona humana? Cuando alcanzamos a ser verdaderamente amigos de Jesús, todos los sentidos y potencias de nuestro psiquismo, quedan enriquecidos -transfigurados- por un *plus* de Amor que rompe las medidas de nuestras capacidades naturales, y nos permite amar al estilo divino. ¿No es éste el sentido de la recomendación de Jesús a sus seguidores: “*Como el Padre me amó, así os he amado yo. Amaos también unos a otros como yo os he amado*”? Con el mismo Amor con que el Padre ama a Jesús, podemos y debemos amarnos entre nosotros: un Amor inalcanzable para las solas fuerzas humanas.

La Contemplación de Fe constituye el ámbito más puro y propiciador del Gozo de Dios, vivido, asimilado por el contemplativo como gozo de sí mismo, como vida transfigurada por la comunión, ya en el tiempo, con el Eterno Viviente.

Por este gozo de Dios podremos probar siempre lo auténtico de nuestro camino contemplativo. Es el gozo imperturbable que coexiste, como promesa y anticipo de Plenitud,

con las precariedades y contradicciones inevitables a toda vida en camino hacia sí misma, vida que no renuncia a su vocación de infinito.

He acudido para escribir estos CANTOS DEL ESPÍRITU al lenguaje poético, porque estoy plenamente persuadido de que sólo la poesía nos puede hablar adecuadamente de las cosas más grandes de la vida, es decir, de aquello que más nos interesa. Jesús el Cristo es el más grande y genial poeta de toda la Historia Humana, porque nos ha enseñado como nadie a ver más allá de todo lo visible y a no conformarnos nunca con lo que creemos poder como criaturas, pues siempre podemos mucho más en cuanto que enriquecidos con el Amor de Dios y portadores de la fortaleza de su Espíritu.

La Poesía que emanan los Evangelios Cristianos posee el poder de acallar, en el corazón que la escucha, todos los miedos hijos de la desesperanza y de la angustia, haciendo brotar en su lugar el canto de una Confianza sin límites en ese Amor eterno, infinito, universal, gratuito..., origen y meta de todo cuanto existe. Tal vez, de esa Poesía, pueda encontrarse algún retazo enredado en estas páginas. A más no aspiro.

Antonio López Baeza
Murcia, Enero de 2003

UNA CITA INICIAL

La vida de Jesús fue [...] tan ardiente, tan en la línea de las profundidades humanas, tan interpelada por ellas y en correspondencia con la esperanza fundamental de los hombres, que provocó en el mundo una repercusión espiritual sin precedentes, cuyos efectos duran todavía pese a todo lo que tiende a amortiguarlos, a pervertirlos y a destruirlos.

La originalidad fundamental de la religión cristiana (el término “religión” aplicado a ella, no tiene, en mi opinión, el mismo sentido que aplicado a las otras) estriba en ser una comunidad de creyentes en la que cada uno llega a ser cada vez más fiel a aquello que debe ser, es decir, a la voluntad particular de Dios para él, es decir, a la imagen particular que Dios desea adoptar en él.

Acogemos a Dios participando en la actividad creadora misma de Dios en nosotros, que nos hace así mismo creadores de nosotros mismos.

Como Jesús, somos humanos y divinos. Pero esto no quiere decir que podamos identificarnos totalmente con Él. Hay que mantener la distancia que nos separa y afirmar la singularidad de su ser. [...]Cuanto más entramos en la inteligencia de lo que Jesús vivió y fue, tanto más increíble e imposible nos parece y, sin embargo, también tanto más verdadero.

Hay que haber vivido mucho para llegar a ser contemplativo. [...]Para vivir verdaderamente como contemplativo, no basta con tener las facilidades afectivas de una piedad ferviente. Es preciso estar lo suficientemente desprendido de las contingencias del tiempo como para independizarse de los acontecimientos y comulgar con la condición humana en lo que ésta comporta de universal, pese a todo lo que lo disimula y lo blasfema. [...] Alcanzar lo universal presupone haber vivido antes una experiencia de la vida expuesta a todos los vientos, a cuerpo descubierto en plena condición humana. [...]Entrar en una existencia de total desvelo precisamente allí donde los hombres se enfrentan, por su situación, con las fronteras de la condición humana, donde el hombre se ve sometido a dificultades extremas, y padece trágicamente la vida hasta el punto de llegar, a veces, a desear la muerte.

Es nuestra iniciativa espiritual, gracias a nuestra fidelidad que corresponde al movimiento creador que asciende en nosotros bajo la acción de Dios, lo que tiene que dar, a los acontecimientos y situaciones que se nos imponen, el sentido que les conviene para nuestro crecimiento espiritual.

MARCEL LÉGAUT
LA ESPIRITUALIDAD
Cuadernos de la Diáspora –Mayo 2001
pp 28-38

I

I N V O C A C I Ó N

*Que no es menester de escoplo
tallar, mi Señor, tu Nombre
en el corazón del hombre,
sino de Espíritu soplo.*

Miguel de Unamuno

ODA AL ESPÍRITU DEL SEÑOR JESÚS *

HERMOSO y Fuerte es el Espíritu del Señor Jesús:
ni leyes ni sistemas, ni fanatismo o intolerancia
podrán jamás condenarlo a la inoperancia o al exilio.

Él establece con su Aliento la Libertad, y guía con firmeza
nuestro pulso, para que podamos escribir, con mayúscula
VERDAD Y JUSTICIA, y con minúscula *engaño y humillación*.

Él se da a quien lo desea, estableciendo su morada
en los sencillos de corazón. Él, por encima de lo que hoy es
nos hace entrever lo que será mañana. Enemigo del desencanto,

fiel amigo de la Utopía. Nadie que sea suyo se verá víctima
de los espejismos del poder; nadie que haya gustado
su Amistad correrá tras el brillo fatuo de honores y dignidades

que el mundo otorga a los suyos. Entre el estruendo de tantas
palabras maltratadas, Él salva las pocas frases austeras
y dignas, teñidas de alma. Bella es la Sabiduría que infunde,

así como su aliada, la simple Poesía. Apenas ayer fue derramado
sobre toda carne: lo anunciaron las Lenguas de Fuego y el temblor
sobre el Cenáculo. Los que lo rechazaron, se cerraron a sí mismos

los caminos de la Nueva Humanidad. Los que lo recibieron,
salieron a la vida marcados con la estrella de la Ternura Invencible.
¡Robusto y Alegre es el Espíritu del Señor Jesús!

* Escrita a partir del poema de Czeslaw Milosz, EXHORTACIÓN, en POEMAS, *selección, traducción y notas de Bárbara Stavicka*. Tusquet – Barcelona 1984

PRESENCIA DEL ESPÍRITU

EL Espíritu no puede pasar inadvertido:
es Viento, y sopla; es Fuego, y abrasa;
es Agua, y fertiliza y limpia; es Amor,
e inunda el corazón y las entrañas
de todos los sedientos de ternura.

El Espíritu se mueve y nos mueve;
es Comunicación y se comunica;
es Alegría y destierra todo temor
de nuestros vacilantes corazones.

El hombre del Espíritu trabaja,
sufre, lucha, ama y espera
con la profundidad del Espíritu,
con la tenacidad del Espíritu,
con la armonía del Espíritu,
con la generosidad que sólo puede dar el Espíritu.

No pasa, no, inadvertida la presencia del Espíritu
en las vidas que se le abren.
Es un buen Minero que sabe extraer
los más ricos tesoros de las profundidades de cada existencia:
el tesoro de la fe del hombre en sí mismo,
que lo hace audaz y creativo en todas sus empresas;
el tesoro de la fe del hombre en sus hermanos,
que lo hace respetuoso, comunicativo, transparente;
el tesoro de la fe del hombre en Dios,
que le regala la experiencia de su Amor Eterno e Infinito.

El Espíritu es Soplido de Eternidad
que hace florecer el Cielo aquí en la Tierra.
El Espíritu viene de Dios y vuelve siempre a Dios...
Pero, aquel que se deja arrebatar por su corriente impetuosa,
se hace portador en todos sus gestos
de una sola Palabra, un solo Nombre
con poder universal de Salvación: Cristo Jesús.

El Espíritu no puede pasar inadvertido
a su paso por este Mundo:
el que lo invoca con sincero corazón,
él mismo es hecho Viento, y arrastra;
Fuego, e incendia; Agua, y prepara los surcos de la Historia
para la cosecha definitiva de los Cielos Nuevos y la Tierra Nueva;
Amor, es hecho, sobre todo, Amor
-Amor sin cálculo, Amor sin cadenas-,
y nos ayuda a saborear la Omnipresencia de Dios
como Profundidad Gozosa
que desborda toda realidad presente.

CONCIENCIA DE SER TUYO

TE he invocado tantas veces a lo largo de mi vida,
desde que por primera vez te invocaron sobre mí
en las Aguas de la Regeneración...; tantas y de tantas maneras
te he llamado a mi lado para que fueras Tú,
Espíritu de la Nueva Vida, el motor único de mis acciones y deseos,
la fuente abierta de mi mejor inspiración... que, Tú y yo
hemos llegado a ser, Espíritu que sondeas a un tiempo
los abismos de Dios y del Hombre, que Tú y yo
hemos venido a formar un solo cuerpo, un mismo impulso de vida,
sin que en adelante sea posible separar la Luz Esplendorosa de tu Amor
de las tinieblas de mi ser vacilante, todavía en camino hacia sí mismo,
pleno de la conciencia de su necesidad de ti,
imposible de ser yo mismo sin tu Rayo Divino.

Entre Tú y yo existe una Alianza de Vida
que ninguna muerte podrá destruir.
Entre Tú y yo se ha establecido comunicación tan cordial y lúcida,
que mi ser humano resulta ante tu Faz
como diamante oscuro, cuajado de reflejos de tu Luz que lo baña.

Cuando el camino se oscurecía ante mis pasos,
y mis ojos sólo alcanzaban a ver abismos devoradores;
cuando el peso de mis deberes parecía querer aplastarme,
y me sentía tentado a abandonar la misión confiada;
cuando Dios se hacía para mí dolor de inexplicable ausencia,
tiniebla que laceraba mi carne más inmaculada y sensible;
cuando el sufrimiento de los más débiles y abandonados
llenaba mi cielo de gritos de absurdo y de blasfemia;
cuando el hecho fraterno se tornaba de incompreensión,
y la desconfianza o la indiferencia del amigo
clavaba agudos cristales en mi desnudo costado ...,
te invocaba siempre, una y otra vez, Espíritu de la Mirada Penetrante,
te invocaba, como quien se agarra a la última tabla de salvación posible;
te invocaba, hasta sentir que Tú estabas en mí, todo conmigo,
y que era imposible perderme sin que Tú te perdieras conmigo,
sin que Tú me salvaras contigo,
revelándome que no hay Salvación verdadera
que no sea en la verdad de un Amor que no necesita explicaciones.

El que te invoca, Espíritu de las Entrañas Conmovidas,
el que te invoca, llega a saber de la Pureza de un Amor
que no se adquiere con los medios de este mundo;
llega a conocer la Fuerza de un Amor
cuyas únicas armas son las manos abiertas y las lágrimas compartidas.

Te he invocado tanto, de tantas maneras
y en tan diversas circunstancias de mi vida, que para mí
resulta ya imposible vivir sin contar siempre contigo;
imposible mantener corriente en mi corazón el río de la esperanza;
imposible cantar canciones, escalar cumbres, dar frutos...
que Tú no los des conmigo.

¡Espíritu que haces de la debilidad de nuestra carne
templo e irradiación de la única victoria que vence al mundo!:
Te he invocado; ¡sí; te he invocado! Y quiero seguirte invocando
como quien sabe que, al invocarte,
hace nacer para los demás lo mejor que hay en sí mismo.
(¿Acaso no te invocaste Tú a ti mismo, en el principio,
sobre aquel barro modelado con tus manos,
que habría de llegar a ser la criatura de tus delicias, el Hombre?).

TE NECESITO

NO creo tener ningún derecho sobre ti, pero te necesito.
No creo haber correspondido bien a tus múltiples gracias, pero te necesito.
Estoy triste, confuso, falto de ilusión y de audacia.
No hago el bien que quiero, y sí, en cambio, el mal que no quiero.
No logro comprenderme del todo a mí mismo,
ni hacerme siempre comprender por los demás. ¡Te necesito!

Te necesito: como agua para mis desiertos,
como aire para mis fatigas,
como fuego para mis impurezas,
como aceite para mis heridas,
¡como Ternura para todas y cada una
de las durezas e inflexibilidades
que hacen más quebradizo mi ser! ¡Te necesito!

Oh, Tú, Espíritu de Vida en plenitud, ven,
te necesito, para saber decirme en mi verdad completa,
para saber escuchar la verdad íntima del otro,
para percibir la llegada constante del Reino en medio de nuestros días,
para proclamar con todo mi ser las maravillas que nunca cesas
de obrar entre nosotros. ¡Te necesito!

Nunca me abandones -¡te necesito!-,
Espíritu que nos introduces en la Llama de Amor Viva,
a fin de que mi vida entera sea invitación al Misterio,
alabanza de tu Sabiduría, gozo desbordante de tu Presencia en mí
y en todas tus criaturas. ¡Te necesito!

No creo tener ningún derecho sobre ti, pero te necesito;
y quiero no dejar nunca de necesitarte,
a fin de que nunca deje de beber -¡mi sed de ti me hace fuerte-
en el Gozo de tu Amor que mana, ininterrumpidamente,
sin hacer ruido, en la gruta recóndita de mis entrañas.

VIVIR EN EL MISTERIO

EL ESPÍRITU nos da interiormente el conocimiento
y el gusto por las cosas de Dios.
Pero, ¿qué son esas *cosas de Dios*, que sólo el Espíritu nos acerca?
¿Son, acaso, algo distinto al Misterio del Amor Eterno,
comunicado a nuestras vidas por la Obra de la Salvación en Cristo?
El Espíritu me cerciora, ante todo, de que Dios me ama.
Dios me ama desde su Eternidad.
Dios me ama con toda la fuerza de su Amor invencible.
Dios ama todo lo mío, sin despreciar nada de cuanto hay en mí,
de lo que yo soy y constituye mi humanidad histórica.
Dios ama, incluso, mi pecado,
que convierte con su Perdón en ocasión de mayor Gracia.
Dios me ama con el amor loco de la Cruz de Cristo.
¡Sólo Dios puede amar así!

Es el Espíritu el que nos hace rebosar en el Amor Loco de Dios.
Amor más grande que el universo creado
y que todas las miserias juntas de la raza humana.
Quien conoce el Amor de Dios, quien vive en el Misterio del Amor de Dios, no
desprecia nada ni a nadie de este mundo;
todo lo ve bañado por la luz regeneradora del Amor Divino.
Quien saborea en la profundidad del silencio interior,
el Amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
conoce a Dios en Dios,
conoce a Dios en las criaturas,
conoce a Dios al conocerse a sí mismo.

Las cosas de Dios se encierran todas en el Misterio de su Amor Infinito.
Dios hace, al amarnos con su Amor eterno,
eterna también nuestra vida,
eterna nuestra necesidad de amar y ser amados,
eterna nuestra sed de felicidad, de belleza, de ternura...

Dios me ama desde dentro de mí mismo,
desde el inconsciente de mi ser,
desde la raíz última del árbol de mi existencia temporal;
y me abre los ojos del corazón para que pueda ver
que es su Amor quien sostiene a todas las criaturas
y llega gozosamente a mi ser a través de todas ellas.
Dios espera, en consecuencia, que lo ame
amándome a mí mismo,
amando mucho a mis hermanos
y a todos los seres con quienes comparto espacio y tiempo.
Dios espera (¡¿cómo no?! que lo ame también en Sí Mismo,
como Misterio del Amor que hace posible

toda experiencia de amor con poder de transformación,
en la comunicación atenta y responsable con todas sus criaturas.

Vivir en el Misterio es vivir del Espíritu de Dios:
Espíritu de la Comunicación
en el intercambio del Logos Eterno que a cada uno asiste,
Espíritu de la Comunión
en el Misterio del Ser que se descifra buscando sólo a Él
en el corazón de todos los seres.

Las cosas de Dios se encierran todas y se resumen
en dejarse amar por el Amor
y amar con el mismo Amor con que somos amados.
Quien no se deja amar por el Amor,
no acierta a amar como el Amor desea ser amado.
El Misterio de Dios es Misterio de Amor.
Dios es el Misterio que habita en todo amor verdadero.
Nadie que ame mucho puede estar lejos del Corazón
-es decir, del Misterio- de Dios.
El Espíritu Santo es Maestro y Guía por los caminos del Misterio.

CON GEMIDOS INEFABLES

CUANDO el Espíritu ora en mí,
mi oración sale empapada de las entrañas de la vida;
mi ser queda expuesto ante Dios, como corola al beso de la luz que la abre,
y, en el lenguaje del más puro silencio,
me vivo a mí mismo cual misterio
donde el Dios Vivo escribe su presencia.
¡Cuando el Espíritu ora en mí,
mi oración brota desde más allá de mí mismo!

El Espíritu que me ora es Espíritu de Comunicación total.
Gracias a su Palabra que se dice dentro de mí,
yo conecto con las raíces de todo lo vivo,
y puedo admirar, en mi propio yo, la obra de un Artista,
que ha dejado la impronta de su personalidad creadora
grabada en cada rasgo de su creatura.
¡El Espíritu que ora en mí me hace saber
que yo soy una obra admirable del más genial Artista!

Todo cuanto el Espíritu realiza en mí
tiene la forma de la Obediencia de Cristo.
Es, pues, un Espíritu que me certifica que, al decir *hágase tu Voluntad*,
entro con toda mi realidad humana en el gozo del beneplácito divino.
El Espíritu me enseña a decir *Abba*, como quien bebe hasta la saciedad
en la fuente del consuelo divino.
¿Puede haber algo que me interese o convenga más
que aquello que el Padre ha pensado y querido para mí,
desde la profundidad de su Amor Eterno?
¡Todo cuanto el Espíritu obra en mí
tiene sabor de Resurrección anticipada!

El Espíritu que me modela con su Aliento,
es Espíritu de omnímoda libertad.
Me libera de miedos y ansiedades.
Me libera de la frustración en el fracaso,
y del resentimiento ante la ofensa recibida.
Su Libertad es la del Amor que no calcula riesgos
ni ventajas a la hora de entregarse.
¡El Espíritu que me trabaja con su Aliento,
es Espíritu que hace surgir la Vida de todo morir de amor!

La Palabra que me da el Espíritu, quema en mis entrañas
y en mi garganta siempre que tengo que gritarla.
Pronunciarla, es permitirle a Dios decirse a través de mí;
callarla, sería traicionar el sentido más radical de mi existencia.

Es una Palabra que contiene en sí todas las palabras veraces y necesarias.
Es una forma de decir que descorre velos de lo que nos supera sin medida.
Es una forma de conocimiento que sobrepasa todo conocimiento
hijo de la tensión y del esfuerzo.
¡La Palabra que pronuncia el Espíritu dentro de mí,
reduce a ceniza todas las palabras aprendidas!

Ora, pues, en mí, Espíritu de los gemidos inefables;
ora en mí, a fin de que mi entera vida sea oración:
que mis sentimientos todos, te sientan a ti;
mis palabras todas, te nombren a ti;
todas mis acciones, sean tu Acción,
explicación última y convincente de todos mis pasos sobre la Tierra.

Tú, poniéndome siempre bajo el Padre en obediencia.
Tú, identificándome más y más con el Hijo en el Servicio y la Humildad.
Tú, Vigor y Ternura de mi ser total de hombre entre los hombres;
Intuición y Sabiduría de cuanto me descansa;
Abrazo único que realiza mi necesidad de una única entrega.
¡Cuando el Espíritu ora en mí, mi corazón
descansa en la Comunión del Misterio Trinitario!

V I V I R L A O R A C I Ó N

LA oración, no es algo que yo hago;
es algo que yo soy; es algo que yo vivo.
Si no vivo mi oración, ¡jamás conectaré con el Dios de la Vida,
el Dios que es Abrazo y Camino!
La oración es algo que yo vivo:
como se vive una respiración sosegada y profunda;
como se vive un paseo por el campo;
como se vive una conversación entre amigos;
como se vive el gozo de un amor que plenifica;
como se vive el vacío que todo lo contiene;
como se vive el hallazgo que traduce el asombro...

Vivir la oración es vivirse uno a sí mismo como amado del Padre,
como saliendo en cada instante de las manos del Creador.
Es aprender a mirar el futuro con esperanza
y el presente con acción de gracias.
La oración es algo que yo vivo:
cuando sé estar a gusto conmigo mismo;
cuando escucho las voces inspiradas del silencio;
cuando mi pobreza sentida no me abrumba;
cuando el universo entero cabe dentro de mi corazón enamorado.

¡Qué grande eres, Dios mío, que me invitas a orar así;
que me invitas a encontrarte a ti, en el acto único de ser fiel a mí mismo!
¿Qué sabrá de sí el humano, que no haya escuchado jamás
su nombre pronunciado por el silencio?

Vivir la oración (que es lo mismo que orar la vida),
no es nada distinto de poner el corazón a la escucha de ese susurro
-Voz del Espíritu, Palabra Enamorada-,
que me dice cada día quién soy yo para Dios y Quién es Dios para mí,
a la vez que me dispone a responder a aquello
que mis hermanos esperan hoy de mí.
¡Mi oración es siempre lo mejor de mí
que se me ha dado sin merecerlo!

LA VOZ DEL ESPÍRITU

EL que escucha la Voz del Espíritu,
aprende a vivir en la más completa disponibilidad al Misterio.
El Espíritu es como el viento, cuya voz se oye,
sin poder controlar su movimiento.
¿De dónde viene? De Dios: ¡pero Dios no tiene origen!
¿A dónde va? A Dios: ¡pero Dios no tiene término!
Y así, el que escucha la Voz del Espíritu,
entra en el espacio absoluto
que rompe todas las medidas del tiempo.

Cuando el Espíritu de Dios irrumpe en una vida humana,
la ensancha a dimensiones divinas.
Ensancha su pensamiento,
para que no sea esclavo de ninguna lógica demostrativa.
Ensancha su corazón,
para que sepa amar más allá de toda ingratitud o falta de correspondencia.
Ensancha su mirada,
hasta que alcanza a ver lo invisible.
Ensancha los horizontes de su caminar,
a fin de que nunca deje de buscar,
en todo y más allá de todo, el fruto maduro de una Promesa.
Conducido por el Espíritu, el humano,
rastrea pistas de luz en el corazón de todas las tinieblas,
y sabe valorar lo grande
que se esconde en todo lo pequeño.

La Voz del Espíritu es Voz de Paz
que armoniza el mundo interior de quien la escucha.
Es voz de Misión
que hace de la vida de su servidor testimonio y siembra.
Y es, sobre todo, Voz del Amado
que no cesa de llamar al tálamo de su Ternura.
El que escucha la Voz del Espíritu -¡la Voz del Esposo!-,
deja de pertenecerse a sí mismo,
a fin de no poder ser ya, sino, siempre y en todo,
deseo ardiente de Aquel
que lo espera en la profundidad de todo Abrazo.

CUANDO ESCUCHO SU VOZ

CUANDO escucho la Voz del Espíritu, ¡veo a Jesús!
Es, sí, voz que resuena inconfundible en el alma;
pero es, ante todo, Presencia, que ciega la mirada y abrasa el corazón.

Cuando escucho la Voz del Espíritu, se me hace evidente que Dios es Amor:
Vida que eleva toda vida,
Fuerza que se manifiesta en mi reconocida debilidad,
Sabiduría que impregna de confianza todos mis avatares.

Cuando escucho la Voz del Espíritu,
sé que todos pueden escucharla igual que yo:
es Voz que hace que todas las lenguas y culturas
sean permeables al Misterio del Dios Encarnado,
Semilla viva en todos los surcos de la Humanidad rastreadora.

Cuando escucho la Voz del Espíritu,
descubro que Pentecostés está en todas partes;
Nazaret, en todas partes;
el Sepulcro vacío, en todas partes:
porque en todas partes, la Cruz de Cristo, proyecta su Sombra Salvadora.

Cuando escucho la Voz del Espíritu, experimento, con gozo incomparable,
que Jesús de Nazaret es contemporáneo mío,
Caminante con todos los que no renuncian a caminar,
fieles a la humanidad que se les ha encomendado.

Cuando escucho la Voz del Espíritu,
veo a Jesús, destino y meta de todo cuanto es vivo;
veo a Jesús, como mi propia Verdad manifestada por Dios;
veo a Jesús, Gracia inmarchitable de mi ser hijo en el Hijo Único del Padre.

Cuando escucho la Voz del Espíritu,
¡sé que la Bienaventuranza de Dios -su Ser de eterno gozo-,
está vinculada a la felicidad de cada persona humana,
y que su Gloria inmortal recorre los caminos de nuestro tiempo
para inundarlos de su Luz inmarchitable!

LO QUE MÁS AGRADEZCO YO AL ESPÍRITU

Para M^a Angeles Abril Herrera

LO que más agradezco yo al Espíritu,
es, ante todo, que sea un Espíritu de Amor:
¿De qué nos serviría un Espíritu que fuese
de la Verdad y de la Justicia, si ambas
no contaran con la supremacía del Amor?

Lo que más agradezco yo al Espíritu
es que sea un Espíritu de suavidad:
un Espíritu que sugiere, indica,
inspira, acompaña, ¡pero jamás empuja violentamente
atropellando nuestra íntegra Libertad!

Lo que más agradezco yo al Espíritu
es que permanezca en silencio dentro
de cada uno de nuestros corazones, esperando
que nos fijemos en Él, deseando que entremos
dentro de nosotros mismos, para estar a solas con Él.

Lo que más agradezco yo al Espíritu
es que abra en mis ojos otra Mirada,
que afine en mis manos otro Tacto,
que haga fluir en mi respiración otra Respiración;
que me conduzca a ver la vida como Dios la ve,
a amar todo lo amable como Dios lo ama,
a saber gozar, sin temores ni reticencias,
de todas las bondades de sus criaturas,
y del mismo Creador en el fondo de todas ellas,
porque es el Espíritu de la fruición,
y la Fruición misma hecha encanto y fascinación.

Lo que más agradezco yo al Espíritu,
lo hace de mi existencia una acción de gracias ininterrumpida,
es que sea Fiel Amigo de nuestra carne,
y me enseñe a ser amigo de mí mismo,
haciendo de la Amistad el estilo inconfundible
e inalienable de mi ser hombre entre los hombres.

NACER DE NUEVO

NOS dijiste que teníamos que nacer de nuevo del Agua y del Espíritu.
Pasar de la esclavitud a la Libertad por el Agua y el Espíritu.
Salir de la muerte a la Vida,
derribar todos los muros de cobardía y temor,
por el Agua y el Espíritu a un tiempo:
no sólo por el Agua ni sólo por el Espíritu.

El Agua: Pureza y Fecundidad
que baña todas las suciedades y durezas de nuestra existencia.
El Espíritu: Fuego interior que nos inflama
más allá de nuestras capacidades de amar y ser amados.
Por el Agua y el Espíritu:
por la Verdad que nos hace libres y por el Amor que nos hace hermanos.
El nuevo nacimiento en Cristo es para la libertad en el Amor,
¡para el Amor que no conoce medidas en su entrega!

Nos dijiste que teníamos que nacer de nuevo,
porque Tú nos quieres libres, desnudos y vacíos,
para poder llenarnos con los excesos de tu Bondad.
Nos dijiste que teníamos que nacer de nuevo,
para que fuésemos capaces, cada día, de estrenar un nuevo Amor,
el Amor del Resucitado,
el Amor que hace nuevas todas las cosas,
el Amor que siempre perdona,
el Amor, en suma, que destierra en quien lo alberga todo miedo a la muerte.
¡Amor que siempre es vida compartida, vida por estrenar!

ESPÍRITU DE LAS LENGUAS DE FUEGO

ESPÍRITU de las Lenguas de Fuego, Espíritu de la Palabra abrasadora:
te llamamos desde un mundo donde las palabras
se hielan en los labios al pronunciarlas,
porque ya no brotan del horno ardiente de un corazón entusiasmado.
Te llamamos desde un mundo
atravesado por miles y miles de cables de telecomunicación,
por miles y millones de ondas que transmiten
la voz y la imagen de la persona humana;
pero incapaces de pronunciar, con sentido, palabras radicales,
tales como Verdad, Justicia, Libertad, Solidaridad, Paz, Amor...
Incapaces de decir, sin enturbiarlas, palabras cristalinas,
tales como, Agua, Aire, Árbol, Hierba, Cuerpo, Infancia, Sonrisa, Amigo...

Ven, Espíritu de la Palabra sembradora de Vida,
y enséñanos a hablar unos con otros, entre iguales,
con palabra teñida de alma,
como quienes saben que la vida es campo de labranza
y sólo la comunicación sincera es capaz de cultivar los frutos
que mejor nos definen y nos defienden.
Sin la palabra empapada de entrañas,
podremos conquistar las leyes del cosmos,
poseeremos los lenguajes de la cibernética,
tenderemos redes complejas de navegación planetaria...,
pero nos desconoceremos unos a otros
en lo más propio y enriquecedor del ser de cada uno;
inhábiles, tanto para saber decirnos como para saber escuchar,
con la espontaneidad y la alegría de la flor que se abre,
con la sencillez y serenidad del fruto que se ofrece maduro en la rama.

¿No es cierto que el hombre de hoy tiene a su alcance
demasiados medios para decir *lo suyo*,
pero escasa o nula disposición para escuchar *lo otro*?
El habitante de la ciudad técnica escucha y comprende mejor
el sonido del motor de su coche,
que la augusta melodía del viento meciéndose en las ramas últimas;
escucha e interpreta mejor la clave de su aparato ordenador,
que el llanto desolado de un niño que atraviesa la noche,
o el clamor que recorre la tierra de las multitudes sin patria.
De este modo, el consumidor de medios de comunicación,
se incapacita, más y más, de día en día,
para saber leer la palabra plural del silencio,
la palabra múltiple del vacío
y la palabra irrepitible del momento presente,
en tanto su mente permanece esclava
del alfabeto de los ruidos técnicos y consumistas,
y él mismo se hace ruido,
ruido ensordecedor para sí y para los demás,

¡ruido que hace inaudible el borbotar profundo
de las fuentes purísimas del Misterio!

¡El humano hecho a vivir sin rebelarse
contra la comunicación que incomunica y los ruidos que ensordecen,
parece haber olvidado lo que significa estar vivo,
ser un viviente que sabe estar a gusto consigo mismo
y perder el tiempo bajando, de cuando en cuando,
a las raíces del propio ser!
Sabio para la eficacia productiva y el desplazamiento rápido,
pero necio para la sinceridad de un apretón de manos,
para el intercambio que excluye todo prejuicio
y para estrechar lazos armoniosos en la simple experiencia de existir.

Ven, Espíritu que eres la hondura más viva e irrenunciable de cuanto alienta,
y reedúcanos en la facilidad de mirarnos a los ojos,
de desnudarnos con naturalidad unos ante otros,
en la pureza de quien, con un mismo gesto,
confiesa la aceptación de sí mismo y su confianza en el hermano;
el derecho de ser cada uno él mismo,
y la incomparable hermosura de acogernos unos a otros
en el sagrado respeto al misterio que nos traspasa.

Espíritu de los caminos en abrazo.
Espíritu de los silencios contemplativos
que comprenden, valoran y respetan
la verdad que asiste a cada manifestación de la vida.
Espíritu del diálogo como *adoración al Único en espíritu y en verdad*;
Espíritu de la ternura hecha sendero de canciones compartidas
y de silencios intercambiados...; ¡ven!
Danos el fuego de tu Palabra, que es al mismo tiempo
espacio que hace posible el beso de corazón a corazón,
y nos introduce en ese Latido Universal,
donde Dios se revela como interlocutor válido
de nuestros más audaces sueños de Humanidad.
(¿No eres Tú el Espíritu de la única Globalización
que a nadie excluye de sus beneficios y a nadie privilegia? ¡Ven!).

ESPÍRITU DE LA VERDAD PLENA

ESPÍRITU de la Verdad Plena, ven,
a fin de que el Dios de Jesús, sea siempre nuestro único Dios.
Que ningún Dios del poder pretenda hacernos a su imagen dominadora;
que el Dios de la mansedumbre y del servicio,
de la humildad y de la pobreza,
se transparente en todos los rasgos de nuestro ser.
¡Danos el sentido divino de la Encarnación!
¡Danos la firmeza en el amor que da la vida!
¡Danos la comunión en el fracaso de la Cruz!
Espíritu que tomas de la hondura de Dios
para recrear con ella las entrañas del Hombre, ¡ven!.

Ven pronto, Espíritu del Resucitado, ¡y resucítanos!
Pon en nosotros la alegría incomparable de sabernos
hijos en el Hijo,
amados en el Amado,
enviados en el Enviado,
con la misma fuerza, gracia y verdad;
con el mismo estilo del que *pasó entre nosotros*
haciendo el bien y liberando a los oprimidos, ¡ven!

Espíritu que conmovió los cimientos del *viejo caserón*,
mientras levantaba *otro templo, no hecho por manos de hombre*,
ven y edifícanos como *pedras vivas*,
talladas en la cantera de la ternura de Dios.
Tú, Espíritu del Esposo,
que construyes la Iglesia como un *banquete de bodas*,
en el que todos, especialmente los que se consideran más indignos,
están llamados a participar.

Ven sin dilación, y abre en cada uno de los creyentes
aquella hambre y sed de verdad que sólo Tú puedes saciar,
aquel boquete hacia el conocimiento amoroso de Dios
donde los humanos podemos beber, hasta saciarnos,
del gozo de vivir y de la esperanza de un mañana en plenitud.
¿Qué sería nuestra existencia cristiana hoy,
si nuestra fe no contagiase la verdad de un Dios
que nos busca incansablemente porque nos ama?
¡Espíritu de un Dios que se revela ocultándose
en el abandono más total del Crucificado, ¡ven!!

ESPÍRITU DE LA SANTIDAD

TE llamamos Espíritu Santo, y también Espíritu de la Santidad.
La Santidad, atributo exclusivo del Dios Altísimo.
La Santidad, resplandor purísimo que vela para nosotros
el Rostro del Totalmente Otro.
Tú eres el Espíritu de la Santidad que ha querido acercarse a nosotros,
tocar en lo más íntimo de nuestro ser,
hasta dejar el corazón humano traspasado de divina nostalgia.
Porque eres la Santidad que busca compartirse,
que no quiere ser si no es dándose,
amasándose con el barro de nuestras impurezas.

Te llamamos Espíritu Santo, porque nos has hecho comprender
que no desdeñas lo material, lo contaminado,
lo imperfecto de nuestras vidas,
sino que quieres henchir toda realidad humana
con la fuerza invencible de tu Divino Amor;
porque aleteas siempre donde hay caos, para crear el orden;
porque haces tuyas las consecuencias de nuestro pecado,
para sacar de ellas la Gloria de tu Salvación gratuita.

Tu Santidad no la quieres sólo para ti.
Tu Santidad nos revela a un Dios, tanto más Santo,
cuanto más amigo y hermano de los pecadores.
Tu Santidad es el Amor que sólo es Amor;
el Amor que no puede dejar de amar.
Pero es también, el secreto del Hombre que llega a saberse divino,
portador de un fuego dentro de sí que lo empuja a fundirse
en la Hoguera de Comunión del tres veces Santo.

Te llamamos Espíritu Santo (*nadie es Santo, sino sólo Dios*).
Y el humano que escucha su vocación a la Santidad,
en el hecho de dejarse amar por el Amor
descubre que el Amor todo lo hace Santo,
todo cuanto toca con sus manos ungidas de gratuidad,
todo cuanto besa con el embeleso
de la admiración y el asombro arracimados en sus labios.
(¡La Santidad: esplendor de la Verdad,
comunión en la Belleza Inmarchitable,
reflejo en nuestros actos temporales
de la Bondad Infinita de Dios!).

ESPÍRITU DE INFANCIA

EL Espíritu del Señor Jesús es Espíritu de Infancia.
¡Dichosos los que buscaron entrar en el Reino por la puerta de los niños!
La puerta de los niños no es grande ni pequeña,
no tiene nada que ver con las categorías de alto y bajo.
Es tan grande como llegue a ser nuestra confianza en el Padre;
tan pequeña, como nuestra humildad en el servicio a los hermanos.
Tan ancha,
como nuestra alegría de sentirnos amados por un Dios de infinita Bondad;
tan estrecha,
como nuestra renuncia a honores y privilegios
de los que el mundo otorga a los suyos.

La puerta de los niños es la puerta del juego y de la osadía:
saber gozar de todo lo bueno
que el Padre brinda en cada momento a sus pequeños;
saber hacer del gozo nuestra sabiduría vital,
nuestro talante y distintivo en medio de una generación adusta y pragmática.
¿No es cierto que el niño tiene derecho a ser amado por su Padre;
y no lo es, igualmente, que el Padre
tiene la obligación de velar por su pequeño?
¡Qué grande, pues, no dejar nunca de ser pequeño,
a fin de tener derecho siempre al cuidado de tan buen Padre!

El Espíritu del Señor Jesús es Espíritu de Infancia.
Él nos ha entregado su Espíritu de Hijo
para que alcancemos con Él la paz del corazón.
Cuando, unido a Jesús, llego a saber lo que el Padre quiere de mí,
ya sé lo más importante que necesito
para que mi vida sea hermosa y fecunda.
Cuando de todo corazón le digo al Padre:
“no se haga mi voluntad sino la tuya”,
penetro con toda mi existencia en los caminos de la Resurrección.
Pues, cuando el Espíritu me hace hijo en el Hijo,
el Padre pronuncia a través de mí una Palabra universal de Paz y Bien.

Quiero vivir siempre en la infancia Espiritual,
para tener siempre necesidad de ti, Dios, mi Padre y Madre,
que me haces saber tu gozo inmenso
de verme crecer en tu Presencia,
aceptando mi vida como regalo constante de tu Amor.

Espíritu de la Infancia, Espíritu del crecimiento
hasta la plenitud de la criatura perfecta en Cristo Jesús.

Espíritu de la Infancia, Espíritu de la mirada serena,
que sabe abrir cielos despejados
en los que siempre apunta una Sonrisa Benévola.
¡Quien no se abre al Espíritu de Infancia -al Espíritu del Evangelio de Jesús-, jamás sabrá de la
alegría de ser pequeño,
dueño del infinito que cada instante guarda!

ESPÍRITU DE LA PERFECTA ALEGRÍA

Para Octavio López Albors

SI Tú no fueras Espíritu de Alegría, el Espíritu de la Perfecta Alegría,
los humanos seguiríamos engañados, creyendo encontrar nuestra felicidad
en aquellas mismas cosas que nos hace esclavos de nuestra propia desdicha.
¡Si Tú no fueras el Espíritu que comparte con nosotros
la Felicidad del mismo Dios, y nos hace saborear aquí en la tierra,
destellos de lo que habrá de ser nuestra eterna Bienaventuranza en el cielo!

Pero Tú has querido ser para nosotros el Espíritu de la Perfecta Alegría:
la alegría de ser fiel a sí mismo;
la alegría de saberse con misión en la vida;
la alegría de poder reflejar en nuestros rostros
la hermosura insondable del Rostro de nuestro Padre Dios;
la alegría de tener muchos hermanos en la comunión de todas las diferencias;
la alegría de ser pobre, para que Tú seas toda mi riqueza;
la alegría de poder contemplar tu Amor, y saber que somos sus destinatarios;
la alegría de tener que morir -¡sí, la alegría de tener que morir!-
a fin de que se vean colmados todos mis anhelos de Vida,
que sólo en ti alcanzan gozo cumplido.

Espíritu de la Perfecta Alegría, la que nos recuerda
que *mejor es dar que recibir*;
la que ensancha nuestros corazones hasta lo infinito
con la fuerza expansiva de la gratuidad en el amor,
a fin de que aprendamos
a darnos íntegramente en todo lo que hacemos y decimos,
a darnos en el olvido de sí mismo,
a darnos sin buscar nada a cambio, como se nos da el propio Dios.

Si Tú no llenas nuestro ser de tu Alegría,
nuestro ser necesitará llenarse de otras muchas cosas,
tales como el poder, la ambición, el orgullo;
tales como las dependencias, las rivalidades, los protagonismos...
Sólo Tú, Espíritu de la Perfecta Alegría, sólo Tú,
nos conduces al gran vacío del alma -al alma como vacío absoluto-
que sólo puede llenar el Absoluto de tu Amor.

Espíritu de la Perfecta Alegría: esa Alegría desbordante
que nos llena de todos los seres,
cuando acertamos a contemplar en ellos
las Maravillas de tu Amor,

la Obra de tu Sabiduría Creadora;
esa Alegría incomparable que nos inunda
cuando admiramos en cada criatura tuya
un rayo inmarcesible de tu Luz.
Espíritu, pues, que abres en nuestros corazones
la mirada divina,
para que podamos ver todas las cosas creadas
con el entusiasmo, cariño y confianza con que las mira el propio Creador.
Espíritu que dinamizas, más allá de toda medida humana,
nuestras capacidades de comprender, de aceptar, de perdonar,
con las mismas aceptación, comprensión y perdón
con que Dios nos engalana
mediante su Presencia grabada en nuestro yo profundo.

Si Tú no fueras el Espíritu de la Perfecta Alegría,
si Tú no fueras el Gozo del Eterno Viviente
compartido con todos y cada uno de nosotros...,
¡tampoco nosotros podríamos experimentar
la Alegría de vivir,
la Alegría de sentirnos salvados ya en el tiempo y para la eternidad,
la Alegría, fruición incomparable en nuestras entrañas,
de saber que,
nada nuestro te es ajeno,
lo mismo que nada tuyo deja de ser para nosotros!

ESPÍRITU DEL AMOR

PARA vivir en el amor, ¡dame tu Espíritu de Amor!
Pon la fuente de tu Amor dentro de mí,
a fin de que la raíz de todos mis actos, sea tu mismo Amor,
manando incesantemente en mi corazón.
Sólo Tú eres el Amor, por eso, el hombre
ha de contar contigo en todos sus amores,
ha de encontrarte a ti en todos sus amores,
ha de amarte a ti en todos sus amores.
Sólo Tú eres el destinatario de todo amor verdadero,
de todo amor que no se busca a sí mismo,
de todo amor que es olvido de sí en el otro.
Por eso, cuando amo de todo corazón,
¡siempre te toco a ti en la realidad del ser amado!

Tú me enseñas que amar es dar la vida.
¡Y nada más gozoso para mí que perder mi vida entre tus brazos,
que me abrazan en todas mis muertes por amor!
Tú sostienes mi amor, resucitas mi amor,
al asegurarme que, en este mundo, todo tiene fin,
todo, menos el amor, menos la debilidad del que no se resiste
a las llamadas de un amor que lo exige todo,
que es pasión hasta la muerte, y más allá de la muerte.

Tú eres mi Palabra de Amor, aquella que, entre todas mis otras palabras,
más dulcemente resuena en los oídos de mis seres queridos.
Tú eres mis besos, mis abrazos, mis caricias,
enjoyando con la frescura manante de tu Ternura
los cuerpos ahítos de amor de mis bienamadas criaturas.
Tú eres mi esperanza de amor, mi futuro de amor,
mi cosecha de amor imperecedero
en los surcos de tantas ruinas y desengaños
como suelen jalonar en este mundo la experiencia de amar y ser amado.
Todo cuanto perdí o no alcancé en mi amor a los demás,
me aguarda como gozo bienaventurado,
al saberte presente en tanta herida de amor,
tanto sufrimiento por amor,
tanta noche oscura de amor,
que pueblan mi búsqueda irrenunciable de un Amor sin ocaso.

Para vivir en el Amor, ¡dame tu Espíritu de Amor!
No importa, no, que sea Espíritu de Pasión, de Fracaso, de Muerte...,
si eres Tú mismo quien comparte conmigo Pasión, Fracaso y Muerte...,
si eres Tú la gota última a sorber en el cáliz de todas mis pasiones.

DEJARSE AMAR POR EL AMOR

SI comprendiéramos tu Espíritu de Amor:
no impondríamos normas a nadie;
no buscaríamos el poder sobre nada ni nadie;
no intentaríamos dirigir a nadie;
no pretenderíamos arrastrar a las masas;
no ambicionaríamos primeros puestos;
no temeríamos la incomprensión y el fracaso:
¡si comprendiéramos tu Espíritu de Amor Gratuito!

Porque habríamos sabido que el Espíritu de Amor es:
la fuerza de la debilidad,
el silencio que grita lo único necesario,
el triunfo de una vida entregada hasta la muerte,
la presencia ignorada de Dios en el corazón de la vida ordinaria,
la Fuente inagotable del Ser manando en todo cuanto es:
¡sabríamos, sin confusión, lo que es el Espíritu de Amor!

Y así, el que se deja guiar por el Espíritu de Amor;
se libera del falso yo,
abraza castamente todas las cosas,
vive la Eternidad en el Momento Presente,
sirve a los demás desde su pequeñez no rehusada,
jamás se ve desgarrado por el resentimiento,
saca bien de todo mal,
se deja enriquecer por lo bueno de todo y de todos,
habla de Dios con todo su ser
sin necesidad de pronunciar su Nombre:
¡porque se ha dejado empapar por el Espíritu de Amor!

Sí; si nos abriéramos, dócilmente, confiadamente, al Espíritu de Amor:
nuestra palabra sería siempre de Paz,
nuestra alegría contagiaría la Salvación,
nuestra sencillez transparentaría el Misterio,
nuestra pobreza enriquecería a muchos,
nuestra contemplación iluminaría todas las noches del mundo,
nuestra fraternidad echaría abajo
todas las fronteras de odio y enemistad:
¡porque nos habríamos dejado amar por el Amor!

ESPÍRITU DEL SANTO ABANDONO

PORQUE Tú eres el Espíritu del Hijo Bienamado,
eres también el Espíritu del Santo Abandono.
Espíritu del que todo lo espera del Amor bien probado del Padre.
Espíritu del que encuentra su descanso en ponerse incondicionalmente
en las manos de Aquel que sólo puede querer para cada uno de sus hijos,
el bien que cada uno jamás podría procurarse a sí mismo.

Si me abandono con total confianza en las manos del Padre,
llegaré a saber lo que significa la verdadera libertad en esta vida.
Nadie -ni yo mismo- tiene mayor interés que el Padre,
en que mi vida sea hermosa y fecunda entre los humanos.
Nadie mejor que el Artífice de mi existencia,
sabe lo que más me conviene, en cada paso y etapa
de mi peregrinación en el tiempo.

En medio de los inhabitables desiertos
que acompañan la experiencia de estar vivo
(y, más aún, toda experiencia de búsqueda del Dios Viviente),
escucho, una y otra vez, la voz del Padre requiriéndome al abrazo.
Cuando el dolor o la temible soledad, parecen levantar en torno a mí
muros insalvables, nunca falta una palabra de aliento que me invita,
desde el silencio interrogativo y el grito de auxilio,
a aceptarlo todo, sabiendo que en todo se manifiesta Su Voluntad de Amor.

¿Quién nos separará del Amor de Dios,
despierto y actuante en nuestras vidas,
por el Espíritu del Santo Abandono?
¿Quién podrá contradecir el designio divino de sacar para sus hijos,
para cuantos confían en su Misericordia, bien de todo mal?
¡Y no sólo un bien futuro, contenido en la Resurrección final,
sino un bien actual, capaz de poner alas en nuestros pesares presentes!

Por eso, quien se abandona en tu Presencia,
descubre dentro de sí la fuente gozosa de la paz y la armonía,
de la fidelidad a sí mismo y de una vocación de servicio
que universaliza su paso por este mundo.
Sólo quien ha encontrado en tu Amor las raíces de sus ser humano,
llega a dar fruto en su sazón, incluso -¡y más todavía!-,
en medio de las inclemencias y contradicciones
que pretendieran sofocar toda esperanza.

¿No es el Santo Abandono la condición de toda vida
que se renueva siempre y siempre crece

en sus valores más genuinos e irrenunciables?
Estoy convencido de que, cada vez que te digo con sincero corazón:
Padre mío, me abandono a ti, haz de mí lo que quieras,
aprendo un poco más a entregar mi vida sin miedo a la muerte,
porque equivale a recibirla acrecentada de ti.
Sí; Tú nos has dado el Espíritu del Santo Abandono,
Espíritu de tu Hijo el Predilecto,
Espíritu que afirma la Vida con valor de eternidad
en el corazón de todas nuestras muertes.
(Cuando nuestras muertes ya no son otra cosa que entrar
con todo nuestro ser finito en tu Ser infinito.
Cuando nuestra necesidad de morir
ya no es otra cosa que el gozo de perderse
en un abrazo sin fin, ¡tu Abrazo!

ESPÍRITU DE LOS FRUTOS ABUNDANTES

Para José María Gómez

EL que se deja habitar por ti, Espíritu de los Frutos Abundantes,
el que se deja fecundar por la fuerza de tu Verdad y de tu Amor,
llega a ser en la vida como un árbol de raíces sanas y profundas,
hincado firmemente en la tierra de la confianza y el abandono,
siempre dispuesto a dar el fruto que corresponde
según las etapas de su vida y las necesidades del mundo que le rodea.
¡Espíritu de la savia más fértil,
que hace de nuestros corazones compartidos,
huerto ubérrimo de gracias y sabores divinos!

El que se deja fecundar por ti
no será nunca como la higuera maldecida al borde del camino,
que no alcanzó a hacer de su estación solar
la hora coincidente con el paso a su vera del que nos creó creadores,
libres y audaces en todos los tiempos
y aún en la diversidad de circunstancias históricas.
¡Siempre es hora de dar fruto
cuando nuestro tiempo permanece abierto a las visitas de la eternidad!

Y Tú, Espíritu de los Frutos Abundantes,
cuelgas de nuestras ramas, tantas veces exhaustas,
incluso tronchadas por rigores e inclemencias,
los dones de plena humanidad
que hacen hermosa y útil entre los hombres
nuestra existencia de parecer ruinoso.
¡Sólo Tú haces maduro el Amor de nuestros corazones
con el sabor inconfundible de la Gratuidad
del que ama compartiendo tu Amor, sin pedir nada a cambio!

Espíritu del Agrado que dialoga, comprende y acepta
la salvación divina en el pluralismo de experiencias humanas.
Espíritu de aquella Generosidad que no se conforma
con dar lo que se le pide
y busca siempre darse a sí mismo como único don perfecto.
Espíritu de la Lealtad, incapaz de traicionar ninguna gracia recibida,
consciente de que no se puede ser fiel a Dios
sin serlo al mismo tiempo a todo cuanto de Él nos enriquece.

Tus frutos de Sencillez, autentifican sobre la tierra
toda vida que se nutre del seguimiento de Jesús.
Y el Dominio de sí mismo, no es ya sino esa capacidad espontánea
de dejarse sembrar como grano de trigo

en los surcos de tu Reino,
que nunca cesa de florecer entre nosotros.
¡Sólo los Frutos del Espíritu rebelan que somos hijos del Espíritu
y que no queremos otra fecundidad para nuestras vidas que la que brota
de un costado traspasado de amor universal,
de una frente coronada de pensamientos de misericordia
y de unas manos clavadas en el horizonte de los más irrompibles abrazos!
¿No son estos –¡y muchos más!- los frutos
con que Tú enriqueces toda vida
que se pone voluntariamente bajo tu sombra fecundante?

Contra este Espíritu se estrellan todos los sistemas de poder,
y ninguna amargura ni frustración,
fruto de nuestras experiencias negativas, podrá impedir
que sigamos proclamando con todo nuestro ser el gozo de ser tuyos.
En el corazón de tus hijos se saborea ya
lo que habrá de ser la Nueva Humanidad,
la Humanidad reconciliada consigo misma
y en sí misma experiencia gozosa de un Dios todo en todos,
garantía de plenitud de todo lo auténticamente humano.

ESPÍRITU DE LOS SIETE DONES

Para Juana María Aznar Chalud

1

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Sabiduría**,
tus palabras y obras saldrán empapadas del Conocimiento Amoroso de Dios.
El Espíritu de Sabiduría, *sutil e inteligente, penetrante y lúcido*,
es el único capaz de ver a Dios en todas las cosas.
¡Dichoso aquel que, en el vacío y el silencio,
penetró hasta su hondura habitada, tálamo de la divina unión,
espacio de todos los abrazos de eternidad!
¡Más dichoso aún aquel que, superados todos sus deseos,
alcanzó el olvido de sí mismo, en el crisol del total Abandono en el Amado!

2

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Profetismo**,
abrirás con tu vida horizontes de claridad
para todos los sinceros buscadores de Dios.
Tu palabra será como *fuego de fundidor* y como *lejía de batanero*.
No podrás evitar que tu manera de ser y tu forma de actuar,
consistan principalmente en *arrancar* y *plantar*, *derribar* y *edificar*.
Los poderosos todos de este mundo, temblarán al escuchar tu voz,
e intentarán por todos los medios a su alcance encadenarla.
Los desheredados de la historia, te pedirán soluciones urgentes y definitivas,
que tú, ¡ay!, no les podrás dar.
Pero el conjunto de tus días y de tus años
constituirá una aurora para todos los sedientos de Justicia.
Y en tu corazón manará constante la fuente de la Ternura y de la Paz,
Presencia Viva de ese Dios que nos salva perdiéndose a sí mismo.

3

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Consejo**,
acompañarás a muchos hermanos en su camino hacia sí mismos
y hacia Dios, con la fuerza de lo alto.
Sabrás, con certeza inamovible, que *tú no eres padre,*
ni maestro, ni jefe, ni director de nada ni de nadie.
Antes bien, sólo podrás acompañar eficazmente a quienes caminan a tu lado,
en la misma medida en que sientas la necesidad
de ser acompañado tú mismo por ellos,
y te dejes por ellos gustosamente acompañar.
Vendrá a tus labios, en cada ocasión, la palabra exacta,

la palabra que descorre el velo de la Voluntad del Padre para tus hermanos.
No te sentirás inventor de ninguno de tus consejos y discernimientos,
brotados al calor de tu corazón para el bien de los que a ti acuden.
¡Y el Espíritu que sondea e ilumina todas las profundidades de la vida,
será tu Maestro Interior, tan íntimo a ti -¡y aún más!- cual tu propio corazón;
tan silencioso y constante en ti, como el fluir mismo de tu respiración!

4

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Fortaleza**,
gemirás frecuentemente bajo el peso de tu propia miseria,
aplastado por la evidencia de tu invencible debilidad.
¡Sólo amando tu íntima debilidad, tus personalísimas limitaciones
y contradicciones, llegarás a comprender que éstas
están traspasadas de la Divina Gracia!
Jamás buscarás el apoyo del poder
ni la seguridad de los medios más eficaces y contundentes.
Jamás actuarás bajo el imperio del pragmatismo comúnmente aceptado.
La mansedumbre y la humildad serán los únicos soportes
de tu estar y tu hacer entre los humanos.
Bajarás y bajarás, como las raíces sanas en el subsuelo virgen,
anhelando únicamente el hacer propicios los frutos más sabrosos
para el hambre de tus contemporáneos.
¡Pero jamás dichos frutos serán deleite en tus propios labios!
Serás, día a día, más *tú mismo*,
y menos, día a día, *uno de tantos*.
Y, porque no has buscado para tu vida otra defensa que su Amistad,
el Espíritu mismo hará surgir de tu muerte
brotes de Resurrección para muchas vidas.

5

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Discernimiento**,
sabrás y harás saber a muchos que,
¡jamás hay que pretender *arrancar la cizaña que crece en medio del trigo!*
¡Jamás hay que tener miedo al poder sofocador de la mala hierba!
Discernir no será para ti nunca juzgar, y menos condenar.
Discernir no será nunca para ti poner etiquetas de buenos y malos,
justos y pecadores, ortodoxos y heréticos.
Discernir será descubrir, y ayudar a que otros descubran,
el Bien siempre presente en cualquier mal;
el Bien siempre posible en toda situación, por trágica que se nos muestre;
el Bien más fuerte y poderoso que todo mal real o posible.
El que discierne en el Espíritu, lo hace bajo la luz de Dios,
que es la luz de la Misericordia: ¡y *la Misericordia vence al juicio!*
Discernir, por tanto, será señalar, para que otros vean,

la Obra del Amor de Dios, que nunca deja de realizarse
en el corazón de todos y cada uno
de los acontecimientos de nuestra Historia.
Discernir equivale a celebrar en la vida ordinaria, de todos y de cada uno,
la sobreabundancia de la Gracia Salvadora de Dios
frente a la abundancia abrumadora del pecado del hombre.
Y, sobre todo, ¡muy sobre todo!, discernir consistirá
en hacer memoria puntual de su Amor
-en el que vivimos, nos movemos y existimos-
en medio del mayor posible olvido de sí mismo.

6

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Contemplación**,
verás el Mundo, este Mundo concreto, tal y como lo ve Dios;
y amarás todas las cosas que hay dentro de él, tal y como Él mismo las ama.
Purificado tu espíritu personal en largas horas de silencio
y en periodos de tremenda oscuridad,
podrás recibir en ti la Iluminación que te conducirá
a superar todo dualismo que rompe el alma.
Ya no podrás ver más que a Dios-Todo-En-Todas-Las-Cosas.
Tu vida gritará Amor desde el silencio.
Cada momento presente traerá ya para ti, en su hondura, la Eternidad.
Tu corazón será Sagrario de Divinas Nupcias.
Tu existencia temporal gozará de la fecundidad de *los amigos del Señor,*
que reciben de Él mientras duermen todo lo necesario.
¡Cuán lejos llegarán los hijos de tu juventud, nacidos para el mundo,
de la Unión del Contemplativo con su Señor Único y Único Esposo!
Su mirada -propia de un corazón limpio-, ve a Dios, cara a cara,
en el instante preciso en que se deja mirar por Él,
que lo envuelve y traspasa con su Infinita Ternura.
Teniendo su corazón puesto totalmente a los pies del Señor,
el contemplativo, llega a ser *el servidor fiel y prudente*
que el Señor coloca al frente de su Casa.

7

CADA uno somos lo que el Espíritu que llevamos dentro.
Si tu Espíritu es de **Caridad**,
vivirás la entrega gratuita de tu propia vida
como la única manera justa de realizarte en este mundo.
Sabrás, con Sabiduría incuestionable, que, en las obras ocultas,
las que no buscan el aplauso de los humanos,
brilla más la Gracia Salvadora
que en todas aquellas otras llamadas y deslumbrantes.
El Último Lugar será tu preferido, plenamente consciente de que a él
no se puede acceder si no es íntimamente abrazado a Cristo.

La Cruz de Cristo habrá venido a ser para ti el único lugar posible donde poder expresar tu amor a muchos, tu amor a la entera Creación. ¡Nunca olvidarás, al entregar tu amor a los otros, que tú sólo puedes amar porque antes has sido amado! Agradecerás mucho y gozarás profusamente con los dones y bondades que el Señor reparte pródigamente entre todas sus criaturas. Y desearás, con deseo ardentísimo, morir de amor, a fin de que el Amor sea el resumen más exacto de tu vida, la más coherente explicación de las luces y sombras de tu existencia, lo único que quede de ti tras tu paso por este mundo ¡tan amado!.

8

CADA uno de nosotros somos lo que el Espíritu que nos habita. Si llevas dentro de ti *el Espíritu de los Siete Dones*, si es verdad que *en el centro de tu ser mana la Fuente que salta hasta la Vida Eterna*, pasarás por este mundo haciendo el bien sin darte cuenta tú mismo del bien que haces. La Felicidad habrá dejado de ser para ti una meta a conquistar, para convertirse en el espacio más abierto de Comunión y de Alabanza al Altísimo. La Alegría de Vivir se contagiara de tu ser a todos los seres capaces de recibirla; y una energía de serena y lúcida creatividad, tocará todas las obras de tus manos, con el sello de tu personalidad inconfundible. La Ternura y el Vigor se alternarán y darán la mano para embellecer con sus fulgidos colores los cuadros más vivos de tu entrega diaria. Jamás podrás separar, en tu conciencia de estar vivo, la Fe en el Dios Único, Creador y Padre, de la Fe en ti mismo, creado creador. Vivir y Amar no serán ya nunca para ti dos realidades que se necesitan y mutuamente se llaman; Amar y Vivir constituirán para ti, en su fecunda inseparabilidad, el pensamiento único digno de ser cultivado, la única razón que puede encender desde dentro, con plenitud de sentido, una existencia peregrina. El Espíritu de los Siete Dones, Alma de tu alma, Presente de tu futuro, Sentido más allá de todo sentido, habrá hecho de tu persona *Otro Cristo*, otro Predilecto del Padre, otro Resucitado en el tiempo, que habrá aceptado gozosamente subir, con cada crucificado de la historia, a la Cruz del Amor: única que -clavada en el corazón del universo-, ha abierto para todos, en todo su esplendor de flor y fruto, la Luz de una Esperanza invencible.

ESPÍRITU DEL SANTO NOMBRE

ESPÍRITU Santo, ven, a revelarnos en el corazón,
tan sediento de felicidad y de vida,
el Nombre Santo de Dios,
el Nombre que está sobre todo nombre,
el Nombre Vivo del Dios Viviente.
Sé que Él es mi Padre,
Origen y Meta de mi existencia,
cuya impronta de Ser me hace ser en un destino eterno.
Sé que es mi Dios,
Señor Único de todas las cosas,
de las visibles y de las invisibles;
que existe por sí mismo
y que me ha creado para poder existir también en mí y por mí.
Pero al mismo tiempo sé, que, este Dios, Padre, Señor y Creador,
tiene su Nombre Propio, impronunciable para los labios humanos,
y que sólo Tú, *Espíritu que sondeas las profundidades de Dios*,
conoces y pronuncias, dirigiéndote eternamente a Él
en el Seno Augusto del Misterio Trinitario.

¿Será posible, *Espíritu que sondeas también las profundidades del hombre*,
que llegues a revelarme a mí dicho Nombre,
el Nombre Oculto del Dios Innombrable?

Cuando a mi Creador lo llamo “Dios”,
tiendo a verlo lejano y nebuloso, confundido con poderes arcanos,
que permanece indiferente en su gloria inmortal
ante el dolor de los que le suplicamos desde el barro.
Pero también, cuando a Dios lo llamo “Padre”,
incluso “Padre mío”, me cuesta separarme
de aquella imagen (¡tan grata, por otro lado!) de mi padre terreno,
y me inclino a comprenderlo de una forma humana, tan humana,
que me hace sospechar que estoy anulando, en alguna forma y medida,
el Misterio del Ser Infinito, de su ser Padre más allá de todo modo e imagen.
¿Es posible llamar a Dios “Padre”, sin que su Nombre en mis labios
suene a disminución de su grandeza inabarcable,
o a simple manipulación de mis intereses carnales?

Y, sin embargo, ¡Dios es mi Padre!
Negarlo significaría negar al Hijo que nos hace hijos.
Y, en la evidencia de la Fe, ¡mi Padre es Dios!
Olvidarlo nos conduciría a hacer irrelevante su solicitud amorosa,
totalmente inclinada hacia todos y cada uno de los humanos.

Ven, pues, Espíritu del Santo Nombre;
Tú, único que pronuncias el Nombre Sublime de Dios,
y grábalo en mis entrañas ateridas y hambrientas.
Será, día y noche, en mis búsquedas y en mis fracasos,

en mis amores y en mis soledades, será
el latido más sincero de mi ser vivo,
la fe de vida de todos mis pasos por este mundo,
el calor vivificador de mis manos al estrechar otras manos.

Entonces, lo pronunciaré sin percatarme siquiera de que lo pronuncio
y sin crearme nunca que yo lo pueda pronunciar,
poseedor imposible de lo que me supera hasta mi propia destrucción.
No lo podré manipular jamás a mi antojo,
apoyándome en Él para hacerme grande ante los demás
o extraer de su resonancia sagrada
ningún tipo de beneficio o privilegio personal.

Será en mí, y para mí, *el Nombre deseado de todos los nombres*;
la forma de nombrar que deja intacto el misterio de todo lo nombrado;
el canto de toda gracia contemplada
que se hace en mis labios balbuceo de lo inasible.
Será en mí y para mí, el Amor más puro que subyace en todos los amores,
el Ser sin ocaso que ilumina el fondo de todos los seres.
Y, sin que mi mente pueda analizarlo ni encerrarlo en explicación alguna,
permanecerá en mí y para mí, en todo su incólume esplendor,
como Razón de todo absurdo,
como el Mañana cierto de todo lo que no tiene futuro,
como Vida que se siembra en todas las muertes,
como Abrazo que restaura todas las rupturas,
como Luz que rompe desde el interior de todas las tinieblas,
como Esperanza que se robustece más
cuanto mayor es el sinsentido que la provoca.

¡El Nombre Impronunciable del Totalmente Otro!
Permanecerá, gracias al Espíritu del Santo Nombre,
no en mis labios, incapaces de tanta dulzura, ¡pero sí en mi corazón!
Mi corazón que sólo alcanza a ser necesidad y vacío,
espacio de mi abismo que clama por tu Abismo,
misterio de mi ser que sólo se resuelve en tu Misterio.
¡No en mis labios, pero sí en mi corazón!
(Aunque, ¿no será cierto también que, por instantes fugacísimos,
subirá, como relámpago, muchas veces a mis labios,
el Nombre Santo, Inefable, Hoguera incombustible, del Dios Viviente?)

Y, a través de mis labios balbucientes,
¡Dios besará todo cuantos ellos nombren!

II

P R E S E N C I A

*A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.*

S. Juan de la Cruz

EL RABÍ DE NAZARET

Para José López Martí

PERO ¿quién fue en realidad Jesús de Nazaret? Me preguntas. Me pregunto.
¿Qué podemos saber de cierto acerca de Él?
Y, al interrogarme con hambre de verdad en mis entrañas, una voz interior,
clara, enérgica, corrige: “¡Jesús no fue; Jesús es!”.
Si buscas a Jesús en el pasado, personaje deslumbrante de la historia,
mito movilizador de ideas y sentimientos,
te quedarás sin lo mejor, más rico, puro y sabroso
del árbol, siempre vivo, que fue, que es, Jesús de Nazaret.

¿No fue el propio Jesús quien, para mejor introducirnos
en el misterio de su persona, se denominó a sí mismo *el Hijo del Hombre*?
¿Y qué podía significar este enigmático título
en labios del Rabino de Nazaret,
sino la desnuda conciencia de que su Ser Divino subyace,
como raíz vivificadora, *en todo hombre que viene a este mundo*?
Destino y garantía de plena humanidad:
Dios que hace camino en todo proceso personal de llegar a ser.
¡*El Hijo del Hombre*!: aquel que todo hombre debe engendrar
en su propia historia, en fidelidad a su inalienable vocación de criatura,
saliendo cada instante de las manos de su Creador.
¡*El Hijo del Hombre*!: Dios que no renuncia a nacer de nuevo
en cada experiencia humana de entrega al Absoluto
y afirmación conjunta de la propia dignidad.

“Y la gente, ¿quién dice que soy yo?”
Sabemos, sí, Jesús de Nazaret, que Tú eres
el que nos descifra el misterio de ser hombre,
el hombre como misterio irreductible;
que en ti aprendemos a ser más y mejor nosotros mismos;
que en ti y por ti todo ser humano –desde el más pequeño
de los hijos de los hombres- , vale infinitamente más
que todos los sistemas de pensamiento y de poder;
más que el mismo cosmos con su inquietante profundidad;
más, incomparablemente más,
que todas las religiones de la tierra,
empeñadas en rastrear las huellas del Eterno Viviente
por los intrincados y polvorientos caminos de viejas civilizaciones,
ritos y tradiciones multiseculares.

Sabemos, gracias al Espíritu recibido en tu Nombre,
que Tú eres Dios para el hombre
al mismo tiempo que el Hombre para Dios.
¡Dios escrito como Origen y Destino en el corazón de todo hombre!

¿No es tu Logos Eterno el que enciende en el Arcano de la Divinidad
una estrella inapagable cada vez que un nuevo ser humano
abre sus ojos a la luz de este mundo?

¿No mueres Tú también con cada mujer y hombre
que acaba entre nosotros su trayectoria temporal,
a fin de llenar su muerte con el sentido
más gozoso y fecundo de tu abrazo sin reservas?
Sí, Jesús de Nazaret, sabemos
-nos lo hiciste saber con tu vida y con tu muerte-, que el camino
de la fidelidad del hombre a sí mismo, es camino que cada uno
recorre en la más estrecha y reconfortante intimidad con Dios.

En el esfuerzo de cada humano para no dejarse vencer
por las tinieblas que acosan su existencia, ¡Jesús es!
En la gozosa aceptación de su condición limitada de criatura,
abierta a la confianza ilimitada en su Señor, ¡Jesús es!
En el perdón generoso que derriba seculares muros
de incomprensión y de odio, haciendo posible
el abrazo cordial de los contrarios, ¡Jesús es!
En la alegría del ser compartido, en la paz de diálogo profundo,
en la comunicación sincera de las existencias, ¡Jesús es!
En todo afán que pone en pie al hombre audaz y creativo,
dueño de sí e irreductible en sus sueños
de un mañana mejor para todos, ¡Jesús es!
¡Sí; Jesús es; sigue siendo, nace de nuevo cada día,
habitante número uno de nuestro planeta,
el más próximo a todo anhelo de vida en plenitud!
Raíz indómita de una Nueva Creación -¡Jesús es!-,
se abre camino hacia un Mañana de Gracia Inmarchitable,
en el interior de cada mujer y hombre, que sabe recogerse,
entrar dentro de sí, donde resuena la voz del Padre del cielo,
única que nos puede revelar la bienaventuranza
del verdadero conocimiento del Hijo Único de Dios.

¡Jesús es, en el asombro y el silencio de un corazón que adora,
el Infinito de Dios, que hace infinita su vocación de criatura!

NECESITAMOS UN MAESTRO

NECESITAMOS un maestro:

un maestro que nos enseñe a andar sin prisa por la vida;
que nos enseñe a respirar profundamente
en sintonía con la esbeltez de álamo
y del oculto manar de las corrientes cristalinas;
que nos enseñe a detenernos, rendidos de entusiasmo,
ante el hechizo de una florecilla silvestre
y ante el canto anónimo del pájaro en la fronda;
que nos enseñe a colgar nuestros corazones al descuido
de un radiante amanecer, y a entregar nuestros sueños confiados
al viaje sin retorno de los astros en la profunda noche.

Necesitamos un maestro:

un maestro que nos enseñe a dar las entrañas
(en lugar de dar consejos y limosnas);
un maestro que nos enseñe a crear espacios de libertad,
donde cada hermano pueda desnudarse
en comunión de gracia y transparencia con todos sus hermanos;
un maestro que nos conduzca a ver que, el lugar de todas las religiones,
es la Fraternidad que no conoce norma ni creencia capaz de enfrentar
(y hasta enemistar) a un creyente con otro creyente,
por causa de formulaciones de fe;
un maestro que nos conduzca, en fin, a comulgar con Dios
en toda búsqueda sincera de Verdad
y en el abrazo sin fondo a toda ternura y belleza.

Un clamor unánime sube desde todos los rincones de la tierra:

“¡Necesitamos un Maestro!”.

Un Maestro que nos eduque en escuchar,
en esta hora en que nadie escucha a nadie
porque todos desconfiamos de todos;
en esta hora en que cada uno pretende aprender por sí mismo
lo que más necesita para que su vida sea fecunda y feliz;
en esta hora, sí, en esta hora
en que logra ser más escuchado (al menos, momentáneamente)
aquel que grita más fuerte; y es marginado, en cambio, como inservible,
aquel que habla sosegadamente para compartir
la hondura de su experiencia interior;
hora en que se aprecia más la envoltura que el contenido del testimonio;
hora en que se recibe mejor el brillo de cualquier moda
que lo eterno e imperecedero del mensaje de vida
forjado en fidelidad a todo lo auténticamente humano.

¡Sí -¿quién se atreve a negarlo todavía?--; necesitamos un maestro!:

un maestro capaz de prender en multitud de corazones
el fuego de una gran pasión, en esta hora
de verdades a medias y fáciles conformismos;
un maestro que haya bajado al lagar del sufrimiento solidario,

y suba teñido con la sangre de todos los pisoteados de la historia;
que arrastre en sus ropas, y aún en su propia carne,
el polvo de nuestros triviales senderos,
y sude el sudor de nuestros diarios trajines;
un maestro que no hable *ex cátedra*;
que haya hecho del amor su verdad única y su única fuerza;
que se asiente, rodeado de sus discípulos,
sobre la hierba fresca del prado bienoliente,
y nos ayude a asimilar, sin traumas ni depresiones,
la fuerza de nuestra debilidad
y la eficacia de todo cuanto los poderosos consideran ineficaz.

¿No escucháis el clamor universal que insiste: “¿necesitamos un Maestro!”?
Un Maestro, sí; un verdadero Maestro,
en esta hora en que tantos pseudomaestros
(sofistas de todo género y condición: académica, política y religiosa)
pretenden vendernos como doctrina de salvación universal
(*Globalización* la llaman algunos)
sus bien trabadas mentiras del poder que nada respeta
y de la eficacia a ultranza,
con que intentan disfrazar sus ambiciones
de hegemonía sin control y explotación del más débil.
Un Maestro que pronuncie sólo palabras
amasadas en el horno de su sincero corazón,
palabras hechas pan para todos los hambrientos de paz y de justicia;
un Maestro -¡el único que hoy merece ser seguido!- que nos conduzca
a escuchar la eternidad en los latidos (no importa si arrítmicos)
de nuestros sedientos y fatigados corazones de barro.
¡Un Maestro!:
Aquel que encarna en sí mismo *la Verdad que nos hace libres*;
Aquel que levanta la bandera única del Servicio al prójimo
como sentido último de la vida; y que marcha
por delante de nosotros, *haciendo el bien y curando a los oprimidos*,
con el bálsamo divino de un Amor que no pide nada a cambio
y consiste en la entrega amante -sin fondo, sin fin- de la propia vida.

MIRADAS AL SALVADOR

TE miro, buen Jesús, como quien ha sido subyugado por tu Misterio,
y veo que nada mío te es ajeno,
y veo que todo lo tuyo me pertenece,
y veo que no puedo ser yo sin ser Tú al mismo tiempo,
y veo que no tengo futuro si no es entre tus brazos.

Te miro,
y ya no pudo dejar de verte en todo,
y ya no puedo amar si no es amándote en todo,
y ya no puedo contemplar belleza alguna que a ti no me atraiga,
y ya no puedo gustar alegría que no me haga pregonero de tu
[Bondad,
y ya no puedo dejar de buscarte a ti, que siempre me llamas desde
[más allá de todo encuentro.

Te miro,
porque Tú eres la Luz que enciende todas mis miradas,
porque tu Imagen da forma a mi corazón,
porque mirarte es ver reflejado en el tiempo el gozo de la eternidad,
porque tu Verdad es mi libertad frente a la muerte,
porque Tú me miraste primero para enseñarme a mirarlo todo como
[si viera al Invisible.

Te miro,
para admirarte con mi mirada,
para alabarte con mi mirada,
para adorarte con mi mirada,
para bendecirte con mi mirada,
para darte gracias con mi mirada,
para decírtelo todo con una sola mirada,
para no ser ya otra cosa en la vida que esa mirada,
en la que me miras y te miro,
y juntos miramos con amor todas las cosas.
(¿Qué sabría de mí mismo, si Tú no permanecieras
día y noche grabado en mis pupilas?)

Te miro, pues,
y necesito seguir mirándote,
como al Hermano que todo lo comparte,
como al Amigo de la más estrecha comunicación,
como al Esposo que me dinamiza con su ternura,
como al Padre que me estimula hacia mi más hermoso destino,
como a la Madre que me renueva la fe en mí mismo,
como al Único Hijo del Padre celestial, en quien todos y cada uno,
somos amados por el mismo Padre, como un hijo único de su Eterno
[Amor.

M Í S T I C A C R I S T I A N A

SI la Experiencia Mística no es una vana ilusión del hombre,
que busca por medio de ella evadirse de la dura realidad...,
si es cierto que el humano puede encontrar a Dios,
encontrándose a sí mismo, en su desnuda condición de criatura...,
si la primera y principal llamada que el ser creado recibe
es la de la máxima fidelidad a todo lo auténticamente humano...,
entonces..., Cristo/Jesús, entonces..., Tú mismo, tu Persona, tu Misterio,
resulta ser ya -¡y para siempre!- la Mística por excelencia.

Si el Conocimiento de Dios, aquí en la tierra,
se realiza como abrazo fecundo de lo Divino con todo lo Humano;
y el Hombre Iluminado es aquel que sólo alcanza a sentirse vivo
en la vivencia de un Amor que desborda todos sus límites temporales;
si en la conciencia de su propio vacío, encuentra la criatura,
tocada por el Espíritu, el espacio más abierto
para aquella intimidad gozosa con el Absoluto, que todo lo plenifica...,
entonces..., Tú, el Verbo hecho Carne, eres ya -¡y para todos!-
el Vacío de un Dios despojado de sí mismo,
a fin de más fácilmente dejarse encontrar por sus criaturas.

Con tu llegada al mundo del espacio y del tiempo,
la Mística se hizo más cercana, más encarnada,
más del día a día, más, mucho más, de la Misericordia que del Éxtasis.
El fracaso, en abrazo contigo, es la verdadera escuela del silencio,
en que se escucha la Voluntad Divina
de salvar al mundo por la Gratuidad del Amor.
En ti, el Hijo del Hombre y el Hombre Verdadero,
Dios otorga su Abrazo sin reservas a todo hombre
que no niega su propia humanidad.

Contigo, Jesús de Nazaret,
el Deseado de las naciones,
el Esposo de la Nueva Humanidad,
amar la vida es ya afirmar a Dios.
Quien en tus labios bebe la dulzura,
conoce aquella Luz que enciende el alma y ciega la razón.
Contigo, Dios es Padre que destierra, hasta hacer imposibles,
la amargura, el desencanto, todo temor.
La Mística eres Tú: el Amor más puro,
el Amor de las noches más ardientes,
el Amor de la sed siempre insaciada,
el Amor de las muertes más fecundas,
¡el Amor de mi yo, del todo Tú!

A N T E U N I C O N O

1

AL mirarte, oh Jesús, en esa Imagen tuya, que Tú mismo grabaste en la pupila del hombre que se dejó mirar por ti...,

al acercarme desnudo -vencido y sin defensa- a esa llamarada de amor que irradia y nos envuelve de tus ojos...,

por un instante, oh Cristo, he penetrado en tu mirada hasta lo más profundo del corazón del hombre,

para encontrar allí contigo -¡contigo en el corazón del hombre!-, mi única, dulce, definitiva morada.

2

He aprendido a ver el mundo desde tus ojos.

He aprendido a amar la vida desde tu corazón.

¡Y, cómo veo brotar, de las entrañas mismas del dolor y de la muerte, los rayos de tu Divina Compasión!

Tus ojos me permitieron descubrir lo bello de toda fealdad; en tanto que tu corazón me lleva a comulgar con la miseria humana, en cuyo abismo florece el cielo de tu Misericordia.

¿Cómo habría yo llegado a saber que *todo es Gracia*, -¡que todo es Salvación por el Amor!-, si tus ojos, vivos en la Imagen que miré y me miró, no hubieran alumbrado en mi carne el Misterio de tu Corazón?

3

JESÚS, tú eres divino, porque eres, ante todo, Amor.

¡Qué lejos, Tú, Jesús, de ese dios inventado por el miedo, el dios del equilibrio, la medida, la razón...!

Jesús, Tú lo atraes todo, y nada vivo queda fuera del horno de tu corazón.

Tú amas la Belleza y la Ternura, y el Placer y el Dolor...

¡Tú amas el Amor!

Tú, Jesús, no te explicas, porque, ¡no necesitas explicación!
Eres Verdad caliente que penetra, desnuda, hiriendo, en lo más hondo del humano, sediento, corazón.

Jesús, eres el Rostro del único posible Dios: ¡el Dios
que alienta en las raíces de toda libertad que canta amor!
¡El Dios que tiene la medida exacta de los anhelos
imposibles de nuestro débil e insaciable corazón!

4

EL que pintó ese Icono, ¡cómo debía amarte, oh Jesús! Puso
en tus labios el cielo de los más ardorosos besos; en tus ojos,
esa chispa de tristeza irrestañable que acompaña a todo deseo,
en tanto no llega a ser fusión total, sin fisura, de ambos amantes...

Tu cabellera, abundante y compacta, boca de gruta que invita
a perderse el uno en el otro, ajenos a todo cuidado. Y esa
serenidad de tu Rostro, luz de eterna gloria, dándose, aquí
y ahora, a todo el que te mira olvidándose en su mirada...

¡Oh Jesús, y cómo debía amarte aquel que nos enseñó
a asomarnos por ti a lo más divino que hay en cada uno
de nosotros! ¡Y, qué imposible no desearte, después
de haber leído en tu mirada lo mucho que Tú me deseas!

5

EN tus ojos, buen Jesús,
he leído la ternura.
he leído la paz,
¡toda la paz!

Pero también, en tus ojos,
he contemplado el dolor,
¡todo el dolor de nuestra carne!

¡Nada escapa a la luz
de tu mirada!

Tú eres la Verdad del mundo,
porque eres el Amor
que hace suyo todo el dolor,
¡todo el dolor del mundo!

En tus ojos, buen Jesús,
he bebido la felicidad
única que me pacifica:

¡saber que todo lo nuestro
lo haces tuyo,
hasta dejarlo
temblando de infinito!

6

TU Belleza es mi luz,
Jesús.
Mi pensamiento se cegó
con una sola Imagen:
¡Tú!
No quiero más verdad
que tu Belleza.
No quiero otro camino
para llegar a mí:
¡Tú!
Mi corazón ardió en la pura
llama de tu Presencia.
¡Jamás podrá hermosura alguna
alzarse donde te alzaste
Tu!
Me deslumbraste
con tu Inmensa Luz.
Y no eres sólo ya mi Origen
y mi Meta: ¡Mi Belleza eres
Tú!

TÚ ME ENSEÑAS A AMAR

TÚ me enseñas a amar; y, aunque sólo fuera por eso, ¡Tú serías mi Dios!
Si buscara mi felicidad lejos de ti, ¡sólo hallaría frustración!
Me perdería, lejos de mí mismo, si buscara mi salvación fuera de ti.

Jesús, Tú me enseñas a amar:
con la pureza del perfume de la flor,
con la transparencia de los radiantes amaneceres,
con la alegría de las olas al romper en la playa,
con la generosidad de la semilla que cae en tierra,
con la armonía del universo en expansión,
con el temblor y el abismo de los cuerpos amantes,
con la humildad del agua que se pliega al terreno que recorre,
con la audacia del creador que atisba formas nuevas para su obra de arte.

Tu Amor es locura. Tu Amor es Pasión.
¡Qué nada sabe de la eternidad del amor,
aquel que busca para su entrega medida o galardón!
Jesús, Maestro y Modelo, Amante y Amado,
de todo aquel que necesita dar por entero su corazón.

V E A N T E M I S O J O S

SI pudiera verte..., una sola vez, un solo instante...
¡Nada más desearía ya en este mundo!
Me lo hiciste saber cuando encendiste mi corazón
con la radiante luz del Crucificado:
...Si has muerto por mí, ¡es que me amas!
Amor del que da la vida por sus amigos.
¿Por qué has querido ser mi Amigo?
¡Tu Amistad me trastorna!
Deseo tenerte a mi lado, y no sentir necesidad
de ningún otro bien fuera de ti.
Deseo ser tuyo, tan tuyo, que ya sólo seas Tú en mí,
desaparecido para siempre mi *yo aislado*.
En abrazo contigo: mi ser nutriéndose, ¡sin fin!,
en la Raíz pacificadora de todos sus deseos.
¡Si te mostraras a mí, en la desnuda hermosura de tu Divina Humanidad...!
¡Nada más podría ya desear en este mundo!
(*Mira que la dolencia de amor que no se cura
sino con la presencia y la figura...*)
¡Jesús, dulce memoria, y el gozo más verdadero en mi corazón...!
¡Véante mis ojos, muérame yo luego!

C R I S T O E S E L A M O R

CRISTO no es un dogma, una moral, un culto...
Cristo es el Amor que pide ser amado, que pide,
humildemente, entrar en cada vida humana, habitar
en todas las culturas, razas y creencias de la Tierra.

Cristo es el Amor que nada impone: se ofrece,
se da a todo el que lo acepta, en entrega gratuita,
incondicional, como morador número uno
de nuestros corazones sedientos de ternura.

Como Revelación de Dios, Cristo es el Amor
que sabe morir por el amado, servir al otro,
despojándose de todo rango, poder y dignidad.

Como Revelación del Hombre, Cristo es la necesidad
de amar y ser amado, la conciencia inalienable
de que sólo el Amor salva, ¡sólo el Amor es Eterno!

OH NOCHE AMABLE MÁS QUE LA ALBORADA

(Pregón Pascual)

Para José Megías y Marisa Martínez

HERMANAS, hermanos: en esta Noche Santa,
Cristo ha salido victorioso del sepulcro,
a fin de que, nosotros, iluminados por su resplandor,

amemos apasionadamente la vida
y desterremos para siempre todo miedo a la muerte
(¡Oh Noche, amable más que la alborada!).

¡Hermanos, hermanas, esta es la Noche
en que Cristo se desposó con la muerte,
hasta dejarla preñada de Vida Inmortal!

Esta es la Noche en que la Tierra se abrió
como mujer sedienta, ante el arrojado varonil
de Cristo, sembrador de la Nueva Creación.

Esta es la Noche en que la Humanidad Histórica
se hace en Cristo seno a fecundar
por la Semilla incorruptible del Espíritu.

Esta es la Noche en que Cristo, Hombre total,
reconcilia al varón con su parte femenina
y a la mujer con su ser masculino, tantas veces negados.

Esta es la Noche en que la alegría de vivir
se identifica para el ser humano
con su imperiosa necesidad de amar y ser amado.

Esta es la Noche en que nacen
todas las canciones de amor y se inspiran
todas las melodías que elevan el alma.

Esta es la Noche en que el beso no deja poso
de amargura en los labios amantes, ni el abrazo
entre amigos conoce la ruptura ni el desencanto.

*¡Oh Noche que guiaste,
oh Noche amable más que la alborada!.*

Esta es la Noche en que los astros todos
del firmamento, renuevan el núcleo de su fulgor
en la nueva Estrella sin ocaso, Cristo.

Esta es la Noche en que el Cielo y la Tierra
se abrazan reconciliados, desterrada ya
toda distancia entre lo *sagrado* y lo *profano*.

Esta es la Noche en que la sencilla historia
de Jesús de Nazaret se convierte definitivamente
en la fuerza liberadora del Hombre y del Cosmos.

Esta es la Noche -¡*oh Noche que guiaste!*-
en que aprender a decir “*Amén*” es gustar
en las propias entrañas la miel de los consuelos divinos.

Esta es la Noche -¡*oh Noche, amable más
que la alborada!*- en que el Padre se alegra con la obediencia
del Hijo, y derrama su Espíritu sobre toda carne.

*¡Oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

En esta Noche Santa, los renacidos del Agua y del Espíritu,
remueven con sus manos galaxias incontables, para escribir
con su luz sobre el Universo esta única palabra: “¡*PAZ!*”.

En esta Noche Santa, los enamorados de Cristo,
reparten por el Mundo entero sus corazones en pedacitos
de ternura, como un Pan que nunca se agota.

En esta Noche Santa, tú y yo, quienquiera que seamos,
podemos amarnos dulcemente, serenamente, inacabablemente,
sin derribar las lindes del Misterio que nos traspasa.

En esta Noche Santa, Wolfgang Amadeus Mozart y Vincent
[Van Gogh,
hacen estallar en músicas y colores inmarcibles los agujeros
negros y los espacios vacíos del Universo en expansión.

En esta Noche Santa, María Magdalena y Teresa de Cepeda
[y Ahumada,
entonan para la eternidad el Cantar de los Cantares, anunciando
las *Bodas* gozosas y fecundas de Dios con la Humanidad liberada.

*¡Oh Noche que guiaste,
oh Noche amable más que la alborada:
oh Noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!*

Hermanas, hermanos: en esta Noche Santa, mantenemos nuestras lámparas encendidas, mientras esperamos al Esposo que viene, *más cierto que la luz del mediodía.*

Nos prohibiste comer del *árbol del Paraíso*, porque Tú mismo querías ser el verdadero Árbol de Fruta bien sazónada, sin dejar de amargura ni reliquias de muerte.

Esta es la Noche en que el Amor ha pronunciado su Palabra definitiva y total, a la que nosotros (*que en otro tiempo fuimos tinieblas,*

mas ahora somos Luz en el Señor), nos asociamos diciendo, a una sola voz:
¡Sí! ¡Amén! ¡Aleluya!

R E S U C I T Ó

RESUCITÓ de madrugada:

¡para que creyéramos en un Amanecer Eterno de la Vida!

Resucitó como Señor:

¡Él, que se había entregado hasta morir como Siervo!

Resucitó mostrando las llagas de su Pasión:

¡para que descubriéramos el triunfo del Amor que nada niega!

Resucitó sin que nadie supiera cómo:

¡para seguir resucitando en el corazón de los humildes y sencillos!

Resucitó ante los ojos del Padre:

¡donde la Vida florece desde siempre y para siempre!

Resucitó por la fuerza del Espíritu:

¡el mismo Espíritu que fecunda toda entrega de amor!

Resucitó como Esposo:

¡sediento del amor de cada una de sus criaturas!

Resucitó en una madrugada:

¡poniendo fin a todas las noches de tristeza!

Resucitó en el Tiempo:

¡y lo dejó preñado de Eternidad!

ÚNICO QUE RECONCILIA EN SÍ EL DÍA CON LA NOCHE *

¡MIRAD cómo se alza, desde los abismos del dolor solidario,
Aquel Único que reconcilia en sí el día con la noche!
Él es quien hace ascender y declinar los astros en su eterno curso;
Él, *Primogénito de entre los muertos*, feliz en todo tiempo,
como follaje siempre verde del bosque de perenne hermosura,
como yedra elegida que corona la frente iluminada
de cuantos supieron esperar, pese a las tinieblas que parecían dominar
la noche eterna del espíritu, el Día del Retorno Sagrado de lo Divino,
propiciador invencible de todo lo Humano.

Y cuanto los viejos oráculos predijeran acerca de los hijos de Dios,
herederos en paz de los caminos libres de la Tierra,
se realiza hoy en nosotros, verdadero fruto de su Victoria sobre la muerte.
Todo se cumple, como milagro de precisión,
en el humano que se siente destinatario del Amor Eterno,
y abre su corazón, cáliz sediento de las gracias múltiples que brotan,
como Vino embriagador del Espíritu, del Costado abierto
del Hijo entregado del Altísimo, ¡el Dios de la Alegría!

Portador de la Antorcha Celestial que habrá de lucir intacta hasta
[el último día,
Él se lanza sobre los rincones más sombríos de la existencia humana,
para llenarlos, con su refulgente claridad,
de la Experiencia reconfortante del Amor del Padre,
de la conciencia clarividente del Gozo que brota de conjunto
del ser renovado de todas las cosas creadas,
invitándonos a la comunión y al descanso con ellas,
en los Brazos del Eterno, hijos de un Mañana incandescente.
¡Y, hasta la Muerte, se siente convocada al Coro y a la Danza
de la Vida Inmortal!

* Escrito a partir del fragmento 9 de BROT UND WEIN, de F. Hölderlin

ELÉVATE, SOL DE JUSTICIA*

¡OH JESÚS, Sol de la Nueva Humanidad!: ¡Elévate!
Luce con la fuerza de la verdad pura de tu Amor;
la verdad de tu Mansedumbre y tu Humildad,
con que ciegas el orgullo insensato de la razón altiva.

Tú, que asciendes a lo más alto de los cielos,
porque bajaste también a lo más hondo del dolor compartido.
Tú, que llevaste cautiva la cautividad,
para inaugurar en la Tierra el Reino de la Gozosa Libertad...

Tú, cuya principal enseñanza es la de acatar el Amor Divino,
como única ley capaz de reconstruir todo lo perdido...,
y curas nuestros heridos sentidos interiores
con el bálsamo santo de tu Espíritu Renovador...

Mensajero de luces increadas que recrean,
en el corazón de la hambrienta criatura, el conocimiento
amoroso de su Creador: en tu Rostro se dibuja
aquella Sonrisa que anuncia el día sin ocaso.

Tu Luz nos hace ver la luz. Se disipan por doquier las tinieblas
de muerte, y las fuentes de la vida entonan himnos,
en tanto las flores, antes sombrías, de la tierra, hacen llegar
a nosotros el Aliento Amistoso de todas las bendiciones.

¡Oh Jesús, Vida en el corazón de todas nuestras muertes!:
Poco se percatan de ti, poco conocen la verdad de tu Misterio
de Salvación, aquellos que no se dejaron cegar por los rayos
divinos de la Pobreza, la Ternura y la Paz, con que te elevas,
tan majestuosamente, por encima de todos los abismos.

* A partir de GEH UNTER, SCHÖNE SONNE..., de F. Hölderlin.

R E S U R R E C C I Ó N*

¿DUERMES el sueño de la muerte,
Tú que eres el Creador mismo de la Vida,
el Verbo Eterno en el que el Padre quiso fundar
el destino glorioso de todas las criaturas?
¿Te demoras en las entrañas del abismo,
Tú, que fuiste engendrado antes de toda luz,
para conducir al Hombre y al Cosmos a la Cumbre de lo Divino?

Las auras del amanecer primaveral
esparcen sobre tu callada sepultura mensajes cifrados
de Amor y Vida sin fin,
que vuelan como caricias de las abiertas manos del Eterno Viviente;
y por doquier se escucha la palabra del “sí” definitivo de lo Alto
a tu entrega plena de obediencia en el servicio humilde.

Recordando la primera mañana del mundo,
ésta de hoy pone en marcha una Nueva Creación,
un Nuevo Principio Vital que tiene el poder
de engendrar Vida en las entrañas mismas de la muerte;
¡y hace añicos las cadenas de seculares esclavitudes y miedos,
antes nunca superados!

Las voces felices del Hombre Nuevo, hijo de Gracia,
vencedor por fin de tantas formas inveteradas de tristeza,
despiertan los ecos más felices en montañas y valles,
en tanto que, mares, ríos y bosques, entonan al unísono el Himno de Gloria
que estremece con acordes de entusiasmo
las entrañas ateridas de la Tierra.

¡Despuntó la Eterna Primavera del Mundo!
¡Despertó el Amor, origen y cumplimiento
de los más puros anhelos del corazón del Hombre!
¡Y, con el Hombre Cristo, avanza ya la Humanidad Histórica
hacia el Hogar Común, hacia los Brazos del Padre Único,
sostenedores de todo auténtico Sentido Humano!

* Escrito a partir de DER GEFESSELTE STROM, de F. Hölderlin.

TODAS MIS FUENTES ESTÁN EN TI

¡TODAS mis fuentes están en ti, Cristo, Señor Resucitado,
que has vencido a la muerte
y nos has abierto el camino de toda paz y fecundidad!
En ti la fuente de mi búsqueda,
en ti la fuente de mi alegría,
en ti la fuente de mi amor.
Sí, sobre todo, en ti, la fuente de mi amor.
¡Todas mis fuentes están en ti!

Porque has vencido a la muerte, ¡todas mis fuentes están en ti
Porque nos amaste hasta el extremo, ¡todas mis fuentes están en ti!
Porque has querido permanecer con nosotros todos los días,
hasta el fin de los tiempos, ¡todas mis fuentes están en ti!

En ti, también, la fuente de mi llanto y de mi rebeldía;
en ti, que nos enseñas a ser inconformistas, al mostrarnos
la meta de los cielos nuevos y la tierra nueva,
alimentados con la sangre de tu Amor
(y a los que no podemos renunciar sin renunciarnos)
¡Todas mis fuentes están en ti!

Si Tú no me enseñaras a soñar,
¡jamás habría llegado a saber lo que es estar despierto,
presto a captar el vuelo de tu inasible Gracia!
Si Tú no me dijeras quién soy yo,
¡caminaría dando tumbos, errante por doquier, sin jamás encontrarme!
Si Tú no me comunicaras tu Ternura
-tu Ternura, Señor, que hace florecer todas las primaveras
e ilumina la esperanza en todo rostro maltratado por el destino-,
¡mi corazón perecería en la más dura sequedad!

¿Qué podré decir al mundo, si no eres Tú la Palabra que me ensavia
con las Verdades más recónditas de tu Corazón Divino?
¿Qué canción, capaz de convocar a fiesta y danza,
entonaré para los demás, si Tú no eres la Melodía que la inspira?
¿Qué obra viva podré crear a mi paso entre los hombres,
si no me recreas Tú interiormente con tu continua Presencia renovadora?

¡Todas mis fuentes están en ti, Jesús, Amante fiel,
Amante hasta la muerte y más allá de la muerte,
que nos haces integrar la muerte misma
en un abrazo contigo para la eternidad!
¡Todas mis fuentes están en ti!

Y en ellas, yo, soy río, corriente viva
que discurre por collados y valles -sin volver la vista atrás-,
encontrando su razón de ser en fundirse con toda tierra sedienta;
¡siempre empujado por su sagrado Origen,
siempre atraído por su irrenunciable Meta!
Porque, ¡todas mis fuentes están en ti, Cristo, Señor Resucitado,
y hacia ti corren como a su Océano de dicha incomparable!

CRISTO ES SÓLO UNO

CRISTO es sólo uno,
como uno sólo es Dios, como uno sólo es el Hombre.
Cristo es sólo uno,
que es Dios para el Hombre y es el Hombre para Dios.
Cristo es sólo uno,
el que se hizo transparencia de Dios
en el total despojamiento de sí mismo.
Cristo es sólo uno,
el que nos mostró con su existencia temporal
la Misericordia como revelación total del Dios Viviente.
Cristo es sólo uno,
el que me espera en todo humano que sufre,
para que comparta con Él su dolor.
Cristo es sólo uno,
el que hizo del amor a los enemigos
la condición de todo amor verdadero sobre la tierra.
Cristo es sólo uno,
el que estamos todos llamados a ser
en el abrazo que derriba todo muro de enemistad.
Cristo es sólo uno,
al que no pudo renunciar, porque equivaldría
a renunciar al amor mismo como sentido de mi vida.
Cristo es sólo uno,
y, como tal, no es propiedad exclusiva de nadie,
por ser el Don del Eterno para todos los mortales.
Cristo es sólo uno,
¡como una sola es la Salvación de Dios,
en la que Dios ha determinado reunir en Uno todo lo creado!

CAMINO, VERDAD Y VIDA

Para Bernardo Pérez Andreo

EN el camino de todas las religiones, Cristo.
En la verdad de todas las religiones, Cristo.
En la vida de todas las religiones, Cristo.
¡Así es como Cristo quiere ser Camino, Verdad y Vida!

Dios viene al Hombre en todas las religiones, por Cristo.
El Hombre conoce al Dios Vivo en todas las religiones, por Cristo.
Dios y el Hombre viven, en comunión de fe y de amor,
en todas las religiones de la tierra, por Cristo.

Cristo es el servidor que no se cansa de servir
el Amor de Dios a todos los hombres.
Cristo no quiere ser servidor, en exclusiva, de ninguna religión.
Cristo tampoco quiere ser servido, especialmente, por ninguna religión.

Porque Él no vino a ser servido, sino a servir,
y a dar su vida para la salvación de muchos.
Si Cristo dejara de ser la Palabra única del único Padre,
¡todas las religiones de la tierra, todas a una, dejarían de saber que:

es la Humildad, la Pobreza, la Mansedumbre y el Espíritu de Servicio
lo único que hace presente, de forma inequívoca,
la eficacia salvadora de Dios en el Mundo.
Cristo enseña, en todas las religiones de la Tierra,

que el camino más cierto que tiene el Hombre
para llegar a Dios es el mismo Hombre: el Prójimo,
el Hermano, el Necesitado, ¡también el Enemigo!
Todas las religiones resultan así ser Cristocéntricas

(más no necesariamente Cristológicas)
Todas tienen como núcleo dinamizador
la Voluntad Salvífica Universal de Dios, manifestada en Cristo;
pero cada una llega a ese núcleo vivificador (que es Cristo)

a través de cauces históricos y culturales distintos,
a través de diversas creencias y ritos sagrados de variados lenguajes;
teniendo todos en común la sagrada dignidad de la Persona Humana
y el Amor Infinito de Dios por cada una de sus criaturas.

Aquel que hizo de la ??????? su estilo más inconfundible
de su paso entre los hombres, y su programa más revolucionario,

en el conjunto de sistemas y creencias que buscan la Verdad,
¡no puede traicionarse a sí mismo, y dejar de ser *el último* y
[servidor de todos!

En el camino de todas las religiones, *un Dios despojado de su rango.*
En la Verdad de todas las religiones, la Humildad como vehículo
[de salvación.

En la Vida de todas las religiones, el sacrificio de quien sabe morir
[para que otros tengan Vida.
(Fuera de esta religión, ¿puede haber salvación posible para nuestro mundo?)

E T E R N A M E N T E J O V E N

LAS civilizaciones, envejecen y pasan;
las ideas, mitos y sistemas, envejecen y pasan;
las estrellas y soles, que pueblan de luz y movimiento los espacios siderales,
envejecen y pasan;
los seres vivos, en todas sus especies y variedades
que se multiplican sobre la faz de la tierra, envejecen y pasan...
¡Sólo Tú permaneces Eternamente Joven,
fuente inagotable de imperecedera Hermosura!

Eternamente Joven, porque tu amor no conoce vacilación ni duda.
Eternamente Joven, porque renaces constantemente de tu amorosa entrega.
Eternamente Joven, porque eres la Eternidad de Dios
continuamente acercada a los hombres.
Eternamente Joven, porque resucitaste de entre los muertos,
primero entre una multitud de hermanos.

Si me dejo amar por ti,
¡también yo conoceré la alegría de la eternidad invadiendo mi presente!
¡También yo poseeré una Eterna Juventud,
desde que no deseo otra vida, otra libertad, otra felicidad,
que las de ser tuyo para siempre!
Cuando Tú me miras, ¡me descubro eterno en tu mirada!
Eterno, cuando, la caricia de tus dedos,
va dando forma a mi desnudo yo,
despojándolo de cuanto le estorba para el Abrazo de inmensidad contigo.

Sólo Tú eres el Eternamente Joven:
la fuente de la armonía en el ser;
el sueño de una Humanidad reconciliada consigo misma;
el movimiento silencioso del cosmos que derrocha constelaciones a su paso;
la audacia de querer y poder amarlo todo, ser todo, ¡y todo para siempre!

Sólo Tú eres el Eternamente Joven.
Pero yo, que envejezco y paso con todo cuanto pasa y envejece,
yo, me he dejado amar por ti, el Eternamente Joven;
y, desde ese momento, el manantío de tu ardiente Juventud,
no cesa de poblar las laderas de mi existencia en declive,
con el florecer incandescente del gozo de la comunión
con todo cuanto es vivo y verdadero, que enciende de sentido imperecedero
el declinar de mis horas más opacas.

Tu Amor es mi alegría de ser en libertad,
¡mi libertad que extiende por doquier

sabrosas raíces de invencible ternura!
¡Raíces hondas en la tierra de tu jugosa Amistad!
¡Tú, el Eternamente Joven, que has querido que tu Juventud
sea también la Eterna Juventud del mundo,
de la vida entera que se abre y alimenta de tu fulgor!
¡Tú, que nos enseñas a descubrir las semillas de la renovada Juventud,
dando sin cesar fruto de Vida Eterna,
en los surcos bien abiertos de todo sacrificio por amor!
¡Tu Sacrificio por Amor sostiene la Eterna Juventud del Mundo!
¡Fuente inagotable de imperecedera hermosura!

C R I S T O C Ó S M I C O

ME llama, desde toda realidad viva, la Naturaleza Universal de Cristo.
Desde Oriente a Occidente, desde el Norte al Sur,
en todas las direcciones de la Rosa de los Vientos,
Cristo es el que Es y el que hace ser todas las cosas.
Me llama, para decirme que yo soy, *por Él, con Él y en Él*,
una fuerza de amor orientada a la comunión con todo cuanto es vida
en la Creación y más allá de ella.

No existe verdad contemplada, que no me revele algo
de la Luz increada y creadora de Cristo.
No existe bondad apetecible, que no me atraiga
hacia el abismo de su Amor, que en todo se brinda.
No aparece ante mis ojos belleza seductora, que no deje,
por momentos, mi corazón temblando de infinito.
Toda verdad, toda bondad y toda belleza, son manifestaciones
y reclamos de su Presencia que todo lo llena.

La Naturaleza Universal de Cristo, es Camino abierto ante todos
para poder llegar a Dios.
Es el Camino por el que Dios llega a nosotros,
para que nunca olvidemos nuestra vocación Divina.
Y es el Camino por el que nosotros vamos a Él,
a fin de que podamos alcanzar nuestra Humanidad más plena.
Yo soy por Cristo, porque sólo Él me enseña a ser Divino
sin renunciar a nada Humano.
Yo soy con Cristo, porque Él comparte conmigo
la gracia de su ser Hijo Único de un Único Padre.
Yo soy en Cristo, porque en su intimidad
alcanzo a ser de todos los hombres, y todos los hombres son míos.

¿Ha de parecer extraño que yo sea también para Cristo
-¡Sí! ¡Yo soy para Cristo!-, cuando Él ha querido ser para mí
todo cuanto más necesito para llegar a ser yo mismo?
¿Será verdad que Él y yo no podemos -¡ni queremos!-
ser ya el uno sin el otro?
Yo, creado a Imagen de un Amor Absoluto;
y Él, que significa, inequívocamente,
el poder reunir en un Amor -¡Su Amor!- todos los amores del universo...

La Naturaleza Universal de Cristo, encierra el plan trazado desde antiguo
por el que Dios dispuso ser todo en todas las cosas.
Dios nos invita en Cristo a la fiesta del Abrazo Único y de la Única Canción.
Si Dios no nos hubiera compartido ésta Naturaleza,

no podríamos llamarnos unos a otros hermanos,
derrochando respeto y admiración hacia todos los pueblos y culturas
de la tierra, hacia todas las formas de buscar e invocar a Dios.
¡La Naturaleza Universal de Cristo da, a todas las religiones de la Historia,
su mediación de acceso verdadero para el conocimiento del Eterno Viviente!

La perla preciosa, el tesoro escondido, es el Verbo de Dios sembrado,
desde el principio de todo cuanto tiene principio,
en el corazón de todas las Creencias, que han orientado,
de formas muy diversas, los pasos del humano hacia su Creador.
El Logos Eterno nos salva, a través de todas las Religiones de la Tierra,
conduciéndonos a encontrar la perfecta alegría
en esa humilde disponibilidad a aprender de todos algo de esa verdad
que nos hace libres, y que siempre nos sobrepasa.

Cristo: Logos de todo diálogo fecundo en humanidad;
Piedra Angular de toda construcción con futuro;
Cabeza de ese Cuerpo, bien trabado, con multitud incontable de miembros,
donde cada uno de ellos es Gracia y Gloria para el conjunto que lo articula,
así como para cada uno de los demás.
Cristo, Cabeza de la Iglesia de los Hombres Nuevos:
aquellos que no conocen más Ley que el Amor;
más Culto, que la entrega de la propia vida
al bien de la Humanidad Histórica;
ni más Verdad de Fe que la experiencia
de sentirse amados de Dios y a Él poder amarlo.

Me llama -¡me enamora!- desde todas las realidades vivas,
la Naturaleza Universal de Cristo.
Me llama, desde todos los valores que enaltecen la Humanidad en marcha,
hasta hacerla Divina.
Me llama desde la conciencia universal de la necesidad de una Salvación,
que el humano no puede darse a sí mismo.
Me llama, desde la certidumbre de que el Verbo se hizo Carne,
para que la Carne Humana viniese a ser el punto más vivo -Epifanía-
del contacto con Dios.
Me llama desde la deslumbrante revelación
de que sólo el Amor salva,
el Amor de Aquel que hizo del Servicio humilde a todo lo vivo,
la esencia y la forma de Dios con nosotros.

MIENTRAS CAMINO POR LA CIUDAD

POR las ruidosas calles de la moderna ciudad, entre prisas
que aprisionan la gracia de un corazón en libertad;
entre el ir y venir del paisaje urbano,
donde parece campear el *cada cual a lo suyo*;
entre rostros entrevistados al paso, que reflejan tristeza y ansiedad,
cuando no desconfianza hacia quien se atreve a mirarlos de frente;
entre el humo y los gases malolientes que ensucian el cielo
de la respiración sosegada
y enturbian la luz de la mirada que busca el azul dilatado...,
yo, obstinadamente, como rumiando verdades
que tejen redes invisibles de latidos en abrazo, voy repitiendo
-hilo de fe que se resiste a ser quebrado-: ¡Jesús, te amo!

Me gusta caminar contigo por las populosas calles de la moderna ciudad
(¡qué bella es la ciudad cuando la recorro contigo!),
escuchando dentro de mí ese silencio enamorado,
esa hondura resguardada, donde,
como cantata única resuena, una y otra vez: ¡Jesús, te amo!

Contigo nadie me es extraño, de nadie me siento lejos;
cada instantánea del discurrir callejero,
cada demanda de ternura que atisbo en la mirada que me rehúye,
resulta una insoslayable invitación a repetir,
como si me dirigiera directamente al corazón de cada viandante:
¡Jesús, te amo!

Sí, Jesús, te amo, calle a calle; acera a acera;
paso a paso; rostro a rostro; dolor a dolor...
Contigo, la marcha ciudadana, se me representa, no pocas veces,
más que como espectáculo de danza múltiple,
como tejido invisible de fuerzas físicas y morales
que se nos ofrece para que lo enriquezcamos con el don de tu presencia,
desde la misteriosa llamada al amor universal
que significa repetir tu nombre, sonido de dimensiones cósmicas:
¡Jesús, te amo!

No estás Tú, no, más allá de los ruidos y de las prisas;
de los juegos descuidados de los niños en el parque;
de los automóviles disparados en persecución de la nada;
de las músicas mendigas que lloran sus melodías por unos céntimos;
ni de las caricias y besos de los jóvenes amantes
que compiten en su pasión con la misma luminosidad del día
(cuando no es que buscan, para mejor poseerse,

la sombra maternal de la noche que los ampara).
¿Quién no alcanza a ver que el trasfondo último
-el motor que mueve ese incesante hormigueo- del trájín urbano,

lo constituye la dulce e inexorable necesidad de amar y ser amado,
esa clara imposibilidad de encontrar descanso y sentido
fuera de la ternura compartida?

¿Y a quién le puede extrañar, pues, que mi ternura de hombre
entre los hombres adquiriera la melodía de tu Nombre, al repetir,
junto a todos mis hermanos en la búsqueda de un amor definitivo:
¡Jesús, te amo!?

Y así, mientras peregrino por los pasillos, estrechos y excitantes,
que nos permite la aglomeración de mujeres y hombres que marchan,
corren, hablan, gritan, compran, miran escaparates,
piden limosna, entran y salen de los bancos (o cajeros),
se alinean en colas ante una ventanilla oficial (o de cine),
y esperan el autobús..., yo, voy empapando, como esponja bien mullida,
realidades invisibles del más puro cuño humano,
de la más asombrosa necesidad de ser, cada uno, uno mismo,
y todos juntos, uno mismo también.
Y me siento empujado, por no sé qué fuerza incoercible,
a penetrar en el último resquicio de descanso
que pueda quedar en el corazón del tumulto, donde resuena,
desde todos a mí y desde mí para todos: ¡Jesús, te amo!

Tú, Jesús, eres mi necesidad de amar y ser amado
que comparto con cada hermana y hermano que me brinda,
al cruzarnos en la calle, la ocasión de caminar contigo
(que caminas con cada uno de ellos,
despierto, solícito, respetuoso, amante)
lleno de paciencia y de confianza,
amigo más allá de cualquier posible o exigible fidelidad o correspondencia.
Tú, Jesús, que me permites ver tu rostro dibujado
con los rasgos de todos los rostros entrevistados;
tu cuerpo, amasado con todos los dolores, gozos,
éxtasis, cansancios, desalientos, nerviosismo...,
que expresan los cuerpos, jóvenes o desgastados, hermosos o afeados
(según los avatares de cada existencia) de los transeúntes
junto a quienes paso y, tal vez, no volveré a ver en este mundo.
Tú, Jesús, que no sabes ni quieres ser sin nosotros
(¿será más bien que no puedes?),
porque desaparecerías completamente de la conciencia humana,
si Tú no fueras lo más humano que alienta en cada conciencia viva,
en cada búsqueda caminante. ¡Jesús, te amo!

I I I

T E S T I M O N I O

Creo sencillamente que alguna parte del yo o del alma humana, no está sujeta a las leyes del espacio y del tiempo.

Carl Gustav Jung

El centro del Mensaje de Jesús estuvo en la doctrina de la Confianza: no necesitamos hacer de nosotros algo distinto de lo que somos, si somos capaces de vivir tranquilamente como hombres, como criaturas de Dios.

Eugen Drewermann

M I N I G É N E S I S

EL querer de Dios es el origen de todas las cosas.
¡Quiero!, dijo Dios;
y su grito fue el estallido inicial del Universo.
¡Quiero!, resonó en el silencio eterno, de la boca del Altísimo;
y su Voluntad creadora no ha cesado, hasta el momento,
de encender luminarias en la creciente vastedad
de los espacios inconmensurables.

¡Quiero que haya Luz!
Y la fiesta del color comenzó a brillar en los ojos
atónitos de todos los vivientes que habían de poblar la tierra.

¡Quiero que haya Agua!
Y se escuchó el bramido de innumerables cataratas,
a la vez que el susurro de los ocultos manantiales
jugaba a la ternura con los campos desiertos,
en tanto el temblor de mares y ríos fecundaba las entrañas
de todo lo endurecido y reseco del planeta.

¡Quiero que haya Tierra!
Y las más variadas semillas,
así como los minerales más resistentes y encendidos,
iniciaron en el seno de Ceres la danza de los más sabrosos frutos,
preludio y compendio de placeres indefinidos,
con que alimentar las hambres de todos los vivientes.

¡Quiero que haya Viento!
Soplo de la vida, inspiración de lo alto,
comunión de cuantas aspiraciones alientan
en el corazón de todo ser que respira.

¡Quiero que exista el Hombre:
Fuego y Viento, Tierra y Agua,
Hermano y síntesis de todo lo creado;
destinatario principal de mi Amor en el Mundo!
Y fue sobre la tierra la Pareja Humana. Varón y Hembra lo creó,
llamados a reflejar en la fusión amante de sus cuerpos
el Misterio y la Belleza, la Fecundidad y la Gracia del mismo Creador.

¡Quiero que exista el Hombre!:
fue el grito más entusiasta del Creador.
Y, al verlo, ya creado, ante sí, de pie,
desnudo y erguido en su frágil hermosura,
se enamoró rendidamente de él;
y ya no pudo Dios encontrar descanso en su Eternidad,
hasta hacerse uno de ellos, Hombre entre los hombres,
convirtiendo en Divina la propia Humanidad por Él creada.

Desde entonces, Dios quiere querer en cada hombre a todos los hombres,
en cada humano a la entera Creación.

Desde entonces -¡y para siempre!- el Querer Divino
se orienta hacia la Vida de los hombres, hacia la felicidad de los hombres;
y, el hombre, crece en la alegría de vivir,
crece a la medida (sin medida) de Dios,
crece en sus dimensiones temporal y eterna, sin negar ninguna de ambas,
cuando aprende a querer, él también, a la manera divina.

LA DEBILIDAD DE DIOS

La Debilidad de Dios es el Hombre:
al que amó desde la eternidad y lo creó en el tiempo,
llevando el tiempo a su plenitud cuando Él mismo
se hizo Hombre sin dejar de ser Dios.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
¡nada puede negarle después de haberle entregado a su propio Hijo!
¡Nada divino pertenece ya sólo a Dios,
sin que sea al mismo tiempo destino del hijo de la Tierra!

La Debilidad de Dios es el Hombre:
por eso ha desechado todo templo, altar y tabernáculo,
para poner su morada en el corazón humilde, en la criatura
hambrienta de salvación, que no se rinde a los ídolos de este mundo.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
él es la única Imagen Suya que ha querido dejar
entre todos los seres creados. El rostro del Hombre refleja mejor el infinito
que el conjunto de todas las constelaciones y galaxias.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
el Hombre, Varón y Hembra; el Hombre, hambre de un tú,
y cuya profundidad se realiza en el intercambio con el otro,
porque ha sido creado para el diálogo y la comunión.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
por esa debilidad divina, su Perdón
será siempre más grande que nuestro pecado;
su Misericordia nos buscará siempre que nos encontremos perdidos;

su Comprensión será en toda circunstancia la que mejor nos comprende,
a la vez que nos ayuda
a comprenderse -¡y amarse!- cada uno a sí mismo:
¡su Verdad es la única que nos hace verdaderos!

La Debilidad de Dios es el Hombre:
por el Hombre y para el Hombre inventó Dios la Ternura;
por el Hombre y en el Hombre hizo de la belleza temporal
destello y comunión con su Belleza eterna;

por el hombre -a quien destinó desde el Principio
a la unión más íntima (los desposorios) con su Creador-
descorrió el velo del futuro para que pudiéramos ver por anticipado
el triunfo de la Vida sobre todas las formas de muerte.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
lo mismo que la debilidad de un Padre y una Madre es su pequeño;
lo mismo que las entrañas apasionadas del Amante,
se conmueven ante la inminencia del total abrazo.

La Debilidad de Dios es el Hombre:
por eso, sólo el humano que acoge su propia debilidad,
descubre en ella la Fuerza invencible de Dios.
Por eso, cuando soy débil en mi conciencia de criatura,

débil también, sin rebelarme, ante los ojos de los demás,
¡entonces se transparenta en mi ser humano lo Divino que hay en mí!
(Porque el hombre es la debilidad de Dios,
¡Dios es la fuerza que no puede dejar de sostener al Hombre!)

MI ACCIÓN DE GRACIAS

A Pilar, mi hermana

SI, en mi pequeñez y ceguera habituales (que Tú conoces mejor que nadie, Dios que ve la verdad que siempre se nos oculta),
acertara a ser agradecido contigo,
reconociendo los dones de tu inmensa Bondad para conmigo,
debería, en primer lugar, saber agradecerte la vida, ¡mi vida!:
en ella alcanzo a ser hermano de todos los vivientes,
y por ella camino en comunión
con las incontables maravillas de la pródiga naturaleza.
Mas, imposible reconocer el don incomparable de la vida,
sin sentirme obligado de inmediato a darte gracias, en el mismo acto,
por la muerte, ¡mi muerte!: no sé dónde, cómo ni cuando sucederá;
pero me acompaña desde que nací, como recordatorio (¿invitación?)
permanente de que la vida es para entregarla.

Y, al darte gracias por la vida,
por todo cuanto me permite sentirme vivo
y en comunión con la innumerable multitud de los vivientes,
resalta poderosamente en mi conciencia la necesidad de darte gracias
por los sentidos corporales:
todos y cada uno de ellos ventanas abiertas al misterio del ser.

La vista, que cada vez que la alzo buscando luz para el camino,
tropieza con la línea (ya pura, ya tormentosa) del horizonte,
que me asegura: ¡hay algo más allá de mis límites,
algo que se promete a quien camina en esperanza!
El oído, atento a seguir la escala cromática de los sonidos,
y a componer con todos ellos, de continuo,
la melodía inconfundible de tu Nombre.

El gusto, abierto a diferenciar lo amargo de lo dulce,
pero afinado, por la fe en ti, para saber gustar lo dulce,
incluso, en el corazón de todo lo amargo.
El olfato, sensible al vuelo fugaz de todos los olores y aromas,
escapándose siempre a otro cielo de fragancias indefinibles.
Y el tacto, preñado de caricias que dar y recibir,
solicito a palpar el corazón del universo
en cada cuerpo de amor que se le abre.

¡Los sentidos! ¡Gracias, sí, por mis sentidos corporales,
que me mantienen dispuesto a captar tu paso derrochador de bienes,
tu Presencia invisible en el corazón de todo lo visible!

Mas, al recordar las bondades de los sentidos corporales,
¿cómo no darte las más rendidas gracias por el don del movimiento,
por el que se me permite desplazarme en el espacio,
recorrer lugares y paisajes, embriagarme en la contemplación
de los más variados espectáculos de la inagotable Naturaleza,
hasta permitir que me invada y fecunde la fresca manante
de nuestra, siempre generosa, madre Tierra?
Gracias por los senderos recorridos, las cumbres alcanzadas,
las lejanías oteadas, los bosques que poblaron mi sangre
con su *soledad sonora*, los ríos y los mares que trajeron a mi piel
comunidad de profundidades y pureza en movimiento.
Gracias por los parajes ¡tan amados! de mi tierra natal,
así como por todos los rincones de cualquier geografía, que me ofrecieron,
a cielo abierto, sublimidad acogedora y trampolín hacia lo infinito.

Y en esta acción de gracias por mi cuerpo,
este cuerpo que Tú has ido formando a través de siglos y milenios,
a través de innumerables cambios e intercambios
de átomos y sustancias químicas, ¿podría dejar de agradecerte,
con el sentimiento de una deuda impagable, el don maravilloso
de la humana genitalidad? ¡El sexo, llamada permanente
al intercambio amoroso entre personas, fuerza
del placer y de la ternura, que no se agotan en sí mismos,
y que nos permiten ahondar indefinidamente
en nuestras raíces de criaturas hechas para la comunión
y el éxtasis de los más robustos abrazos!
¡El sexo, verdad que sostiene y expresa lo masculino y lo femenino
como lo dos polos que dinamizan y estructuran
lo mejor de la experiencia humana, en torno a la alegría de vivir
y a la necesidad de fundirse en la impetuosa corriente
del misterio de una existencia, que no ha de tener fin!
(¿Podría el humano aislar ninguna de sus más ricas potencialidades,
tales como la imaginación, la creatividad, el entusiasmo,
e incluso la misma experiencia mística, de su condición de ser sexuado?).

Pero la vida que vivo y que te agradezco tan vivamente,
está integrada también por debilidades y contradicciones,
de las que no puedo prescindir
si quiero ser fiel a mi entera condición humana.
Gracias, entonces, por todo cuanto, en mi ambición
de criatura hambrienta, quise ser y jamás logré serlo.
Gracias por todo cuanto me hubiera gustado disfrutar de las bondades
-¡tan seductoras!- de tus criaturas, y nunca pude hacer mío.
Gracias por mis errores, preñados de enseñanzas;
gracias por mis torpezas, llamándome a la humildad;
gracias por mis miserias, las que mejor me revelaron tu Misericordia.
¡En el corazón de todos mis límites e imposibilidades,
Tú me aguardabas siempre con lo ilimitado de tu Abrazo Creador!

¡Qué bien me hiciste comprender que mis debilidades
y limitaciones eran la llamada permanente a avivar en mí
la conciencia de mi necesidad de ti y de mis hermanos!
Gracias infinitas por tantas personas buenas encontradas en el camino,
a lo largo de mi existencia, jalonada de búsqueda y de fracasos,
¡pero también de felices hallazgos y alentadora compañía!
(Cuando desperté a este mundo, pronto pude darme cuenta
de que, en el círculo más cercano, me hallaba rodeado de seres maravillosos:
gente que había logrado hacer del amor una costumbre
y del dolor una sonrisa; gente que buscaba en la fe en ti,
la inspiración de todas sus tareas temporales
y la superación de todas sus horas amargas).

Gracias, pues, Señor de la Vida, Dueño del Sentido,
Revelador del Origen y de la Meta que nos definen,
Profundidad que nos traspasa...
Gracias, porque mi vida es obra tuya, minuto a minuto, año tras año,
y nunca dejarás que se pierda en el absurdo o en la nada.
Gracias, porque para encontrarte a ti, sólo tengo que entrar
dentro de mí y aceptarme tal como soy.
Gracias porque, al entregarme a la vida con pasión, al amar la vida,
esta vida, con tremenda gana, soy arrastrado
por la Corriente Infinita de tu Amor, que nos ciega, ya en el Tiempo,
con resplandores de Eternidad lograda.
¡Gracias, pues ¡*todo es Gracia!*!

EN EL PRINCIPIO HABÍA SENTIDO

Para Telesforo Hermosilla Cerón

EN el Principio había *Sentido*,
y el Sentido estaba en Dios;
y el Sentido era Dios.
¡El Sentido permanece, desde siempre y para siempre, en Dios!

Todo fue hecho desde el Principio con Sentido,
y sin Sentido no podría existir nada de cuanto ha sido hecho.
En Él consiste la Vida, pues sin Sentido
toda vida carece de significado, de valor, de orientación.

Gracias al Sentido, la Vida es experimentada como el mayor don
hecho por parte de Dios a los humanos.
La Vida resplandece en el corazón de todas las muertes,
y ninguna muerte podrá jamás arrebatarle su Sentido.
Una Vida con Sentido aguarda a todo hombre que viene a este mundo.

En el mundo estaba, ya que por medio de Él
todas las cosas fueron conducidas al ser.
Vino a su mundo, para gozar con todas sus criaturas
de la alegría de vivir, ...pero se encontró con que,
el miedo a la muerte en unos,
y en otros la ambición desmedida de poder y riquezas,
había paralizado lo mejor de su libertad creadora,
de su audacia y de su utópica esperanza.
¡Y habían quedado reducidos a seres desprovistos de gracia
y de afán de superación, seres agarrados a sus seguridades,
deshumanizados en las raíces de su ser!

Pero a los que aceptaron el Sentido de la Vida,
a cuantos se dejaron iluminar por el valor absoluto del Amor,
les dio el poder de sentir, pensar y actuar en medio de los hombres
como verdaderos hijos de Dios,
inconformistas y rebeldes ante toda situación histórica
de oprobio y negación de la Dignidad Humana.
Los cuales no nacieron de los sistemas de poder,
ni de la influencia de los *mass media*,
ni de los programas de Globalización hechos desde arriba,
sino de la Conciencia Solidaria y del Espíritu de Servicio más gratuito
en que siempre se esconde -y realiza- el Sentido que viene de Dios.

Y el Sentido se hizo Fuerza Humanizadora de la Historia.
Y la Humanidad Histórica aprendió a avanzar por Sendas de Sentido.
Y el Sentido abarcó, con su Verdad y con su Amor,
todo lo Auténticamente Humano, sin dejarse fuera nada
de cuanto alegra los sentidos de la criatura:
la Belleza y el Placer, la Inteligencia y la Fuerza,
la Ternura y el Gozo de la Intimidad compartida.

Y hemos visto *la Gloria de Dios en el Hombre Vivo*.
Y hemos contemplado el Destino del Hombre
como parte del Misterio Eterno del Dios Viviente:
el rostro de Dios en el Humano que no se deja vencer
por los absurdos y contrariedades que, de continuo,
amenazan su paso por este mundo.

Porque Dios es el Dios del Sentido Humano.
Porque la Vida Humana tiene todo su Sentido en Dios.
Y Dios permanece siempre como Origen y Meta,
garante y fuente renovadora de toda existencia
que acoge la Verdad y el Amor como núcleo dinamizador
de un Mañana en Abrazo, Universal y Eterno.
¡En el Principio había Sentido!

MI CANTAR DE LOS CANTARES

LLEVO conmigo, a todas partes, como el *cantus firmus*
que sostiene todas las melodías de mi corazón,
aquella entonación de mi alma que tiende siempre
hacia el Amor de mi amores:
“*Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado*”.
Es el deseo que me abrasa sin consumirme.
Es la pasión que no me permite descansar en nada
que no sea la fusión amante.

Mi Amado me llama desde todo,
pero Él es más que todo:
su Hermosura eclipsa toda hermosura y ciega mis sentidos
para que lo busque a tientas.
El placer de su presencia me aniquila,
y los besos de su boca me hunden en un abismo
en el que mi ser se deshace en puro silencio.

No puedo decirle *te amo*,
porque, al intentar pronunciarlo, la respiración abrasa mis entrañas.
No puedo decirle *¡basta ya!*, aunque me consuma con su Aliento.
Ni puedo negarme a que me apriete contra la oscuridad de su Misterio,
en el que le gusta verme naufragar, sin orillas.

Le encanta -me dice- mi realidad humana,
en la que Él se realiza.
Le gusta mi manera de ser entre los hombres,
en la que Él se mira gozoso.
Le seduce mi belleza de criatura -¡tan imperfecta!-
que Él considera única en sus encantos para Él.
Nadie me conoce tan bien como Él, nadie.
Nadie me abraza con pasión tan desatada, ¡nadie!
Nadie fecunda mi alma con ternura tan descansante.

Cuando me hace del todo suyo,
¡nada queda en mí que no arda en Luz de Inmensidad,
nada de mi ser caduco que no estalle en chispas de gozo inenarrable!
En su Abrazo hallo la muerte de todas mis muertes,
la Vida de todas mis vidas,
el Mar en que me hundo sin hacer nunca pie.

Su Amor es la otra orilla que siempre se me aleja.
La corriente infinita que me arrastra a lo desconocido.
El viento impetuoso al que nadie puede resistir.

En el clímax de los más gloriosos acordes,
percibo mi nombre deletreado por su Voz llameante,
a la vez que me abraso en el horno de su pecho,
cuyas llamas crepitan con el placer de la dicha
que aniquila y recrea a un mismo tiempo.

Tú eres el Tú que me sostiene, que me impulsa;
el Tú que me saca de mí para que llegue a ser más yo mismo.
¡Tú eres Mi Cantar de los Cantares:
el que susurra día y noche en mi corazón
la dulce queja de la búsqueda que nunca se satisface!
(¡Ah, si Tú fueses mi único Yo, y yo alcanzara a ser,
de una vez y para siempre, el Tú de tu Yo Único,
sin el cual mi vida naufraga en mares sin horizonte y sin destino!)
¡*Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado!*:
¡La plenitud en el ser la percibo en mi carne sedienta
que no renuncia a tu Abrazo!

TE LLAMARÁN DESPOSADA

ME lo has hecho saber en muchas ocasiones y de muchas maneras:

*La alegría que encuentra el marido con su esposa,
la encontrará el Señor contigo.*

Me costaba trabajo creer que yo podía ser causa de alegría para mi Señor.

¡Dios mío, ¿yo..., tu felicidad?!

Pero la fuerza de tu ternura desatada, me rendía, una y otra vez,
a la evidencia de tu terquedad, que me busca, me sale al paso para amarme,
para hacerme suyo, sin posibilidad de resistencia por mi parte.

Momentos vivos en los que Tú eras todo para mí,
en los que acaparabas el horizonte de mis más ardientes anhelos,
a la vez que ocupabas el centro más escondido de mi urgencia de darme.
Entonces supe -y nada más quiero saber desde entonces-
que Tú no puedes ser feliz sin mí, porque me amas;
ni yo podría jamás encontrar el descanso y la paz irrenunciables de mi alma,
lejos de la aceptación gozosa de tu avasalladora Presencia.

¿Cómo eres, Dios mío, cómo eres,
para tener Tú, mi Creador, necesidad de tu criatura?

¡Oh locura de Amor!: El que todo lo tiene,
el que es en sí mismo Todo, se da Él primero, ¡también del todo!,
a fin de tener luego necesidad de recibirse en su Ser Divino
de cada una de sus criaturas.

¡Oh Amor sin precedentes! ¡Amor sin tacha!:

Tú te miras en mí, y así aprendo yo a descubrirme en tu mirada.
Tú me ofreces tus desnudos brazos, y así soy invitado a desnudarme ante ti,
a fin de que en mi abrazo, cuerpo a cuerpo con mi Creador,
aprenda a aceptarme como criatura que sólo puede llegar a ser,
a realizarse, en la fusión amante.

¡Inmensidad de tu Abrazo, que hace inmenso a quien lo recibe!

Soy más grande que yo mismo, crecido más allá de mis límites creaturales,
desde que he sido acogido en tu Amor Infinito y Eterno.

Y ya, mi única posible actividad, consistirá en dejarte las manos libres,
para que vayas modelando mi figura de hombre,
a ritmo de tus dedos, desatados en caricias.

Los Desposorios en tu Amor, el torrente de gozo de tu Ser
abierto en mí como intimidad compartida, resulta ya, aquí y ahora,
promesa y fruto de Eternidad en Abrazo.

¿Cómo has podido Tú, el Inconmensurable,
entrar en el espacio reducido de mi corazón,
y grabar tu Nombre en cada uno de sus latidos,
como pureza que dinamiza mi hambre de felicidad, que ya en nada se sacia?
Sobrepaso todas las medidas y voy más allá de todos los horizontes,
desde que te busco a ti, ¡sólo a ti!, que me enamoras y seduces
desde el fondo sin fondo de toda gracia, bondad y hermosura
con que todas tus criaturas me hablan de ti, para enmudecer al instante.

Mi dolor, mis carencias de hombre en camino, mi tener que morir,
pero sobre todo, esas aristas cortantes de mi ser,
que tanto me hacen sufrir, porque hacen daño a mis hermanos,
¡también Tú las haces tuyas, cuando vienes a mí,
para decirme que me quieres tal como soy!
¡Tú, el único que saca bien de todo mal!
¡Tú, que me muestras más tu amor en todo aquello
en que soy más limitado e imperfecto, para que nada mío
deje de ser espacio y vehículo de tu Poder
que se define como Misericordia!

Y nunca dejas de alumbrarme con más luz
de la que cabe en mis cuencos casi ciegos.
Y me recreas con más placer del que osaría reclamar
mi acusada sensibilidad.
Y me dinamizas con mucha más energía de la necesaria
para llevar a cabo mi obra de hombre entre los hombres; (¿ mi obra?),
que sólo puedo llamar mía, porque es la cosecha de esa Unión,
mediante la cual, Tú no cesas de sembrar mi camino
con semillas de Vida Eterna;
Tú no dejas de encarnar en mis trabajos temporales tu Resurrección,
¡que todo lo hace nuevo!

TÚ MISMO ERES DESEO

NADA serías para mí, oh Dios, si yo no tuviera
una tan viva capacidad de desear, de desearte.
¿Vives, pues, en mi deseo de ti (y en todos mis deseos),
como la nota musical en la cuerda pulsada por el virtuoso?
Si dejo de desearte, dejas al momento de existir para mí;
y sólo retornas a mi corazón, cuando éste late
apasionadamente en tu recuerdo.

Yo he sabido ya muchas veces que, cuando te deseo,
se ensancha hasta lo infinito mi capacidad de desear;
y que, cuando no te deseo, todos mis deseos, aún los mejor saciados,
saben a amarga ceniza.
¡El misterio de mi desear corre parejo al Misterio de tu Ser:
yo soy deseo para que Tú seas siempre el Deseado, mi Deseado!
¿Acaso Tú mismo me has querido hambre insaciable, a fin de convertirme
en la más cumplida satisfacción de todos mis anhelos...?

¡Ah, sí, ya lo sé, Dios mío, Dios de mis hambrientas entrañas:
Tú mismo eres Deseo, Deseo de mí, Deseo del amor de tus criaturas.
Y me has hecho *a tu imagen y semejanza*,
para que yo no tenga explicación fuera de ti,
fuera de ese ardiente deseo de ti,
que me haces desear en ti -sin poder dejar de desearlas- todas las cosas.
No ciegues nunca, ¡nunca!, la fuente de mi profundo desear;
nunca se llene ese vacío sin fondo que hay en mí,
y que resulta ser más grande que yo mismo.

Seguiré, mientras exista, deseándote, deseando
todo lo amable de todas las criaturas;
amándote, amando a una todo lo apetecible de esta humana vida.
No habrá partícula de Bondad, ni destello de Belleza,
que no tengan eco en mi sed de infinito.
Seguiré deseándote, deseando la Vida sin término,
la Felicidad sin ocaso, el Amor, aquel Amor que sólo sacia
haciéndose más y más insaciable.

Tú, *Dios Deseado y Deseante*,
no dejes nunca de seducirme, hechizarme, enamorarme...,
desde el fondo inabarcable de todos mis deseos.
¿No eres Tú, pues, quien ha encendido esta mi terca capacidad de desear,
esta voraz sensibilidad que dinamiza mis instintos,
y que no es otra cosa que una chispa de tu Amor,
prendida -¿por quién?- en el núcleo de mi ser más auténtico?

LA VIÑA DE MI AMIGO

Para Margarita Martínez Fernández

YO he visto llorar a mi Amigo por su Viña.
¡Y, cómo me desgarraba el alma no poderlo consolar!
Mi Amigo es el mejor cultivador de viña
que jamás hubo y puede haber en la historia humana.
Mi Amigo nunca regateó sacrificio, pequeño o grande,
para conseguir de su Viña el Vino del más robusto Amor.
¡Cómo invitaba a todos -sin excluir jamás a nadie-, a gustar,
y, hasta a embriagarse, de los ricos rubíes de su *interior bodega!*

Mi Amigo plantaba viñas por doquier,
porque quería hacer de su Predio Universal una fiesta de alegría compartida:
la Fiesta del Amor que no conoce límites,
del Amor que lleva en sí el poder de hacerlo todo nuevo.
Mi Amigo concebía su Heredad como un brindis continuado
por el triunfo de los más sublimes gozos:
aquellos que sólo puede producir la exultante Amistad.

Pero, mi Amigo, el más hábil y generoso cultivador de viña,
quiso tener necesidad de otros viñadores, a los que llamó
para que vinieran junto a Él
a preparar el Vino del Gran Banquete de Bodas de su Hijo Único,
que uniría a todos los pueblos, estrecharía a todos los humanos,
en el Conocimiento de la Paz Perpetua y de los Misterios de la Vida sin fin.
Mi Amigo quiso tener necesidad de otros viñadores,
a los que deseaba comunicar el arte inigualable de extraer de las cepas
el jugo más sabroso, el que nunca produce hastío ni desazón,
aquel cuya embriaguez se define como *locura de amor*.

...Y los llamó, diciéndoles: Id a mi Viña,
aquella que mi diestra plantó e hizo vigorosa mi brazo;
la que extiende sus sarmientos hasta más allá de la muerte
y sus brotes hasta los confines de la Eternidad;
id a cultivar mi Viña, cuyo Fruto constituirá siempre
vuestro más sabroso alimento, cuyo mosto os infundirá abundantemente
la Sabiduría y la Libertad en el Espíritu.
Id a cultivar mi Viña; Yo os indicaré a cada paso
la mejor forma de hacerlo, porque sólo se puede cultivar mi Viña,
buscando como único resultado, como fruto único,
la pureza de un Amor que renuncia todo cuanto no sea él.

Pero, los labradores invitados,
conscientes de la abundancia de bienes contenidos en la Viña de mi Amigo;
orgullosos, incluso, de estar al frente de la más abundante cosecha
de Vida en Plenitud, terminaron olvidándose de que no eran sus propietarios,
sino sencillamente sus servidores;
y volvieron las espaldas a mi Amigo y a sus sabias recomendaciones.

Comenzaron entonces a buscar para sí mismos
el honor de tan ubérrima cosecha,
y a enriquecer con el comercio de sus productos sus arcas privadas...
¡Y la Viña de mi Amigo comenzó a dar agrazones, en vez de uva!

Y ahora, ¿sería posible que mi Amigo no llorase y se lamentase,
con quejas tales, que desgarran las entrañas de quienes las escuchan?:
*No sólo lloro por mi Viña amada, sino también por los labradores
que yo invité y no supieron disfrutar de ella,
hasta encontrar en su recinto toda la hermosura de mi Amor,
toda la música de la Fiesta que convoca fraternalmente al Abrazo.
Ellos, ellos mismos, han empobrecido sus vidas, y las de muchos otros,
convirtiendo en penoso deber lo que quería ser gozosa participación
en la vendimia de mi Ternura desbordante.
Ellos, con su afán de poder y sus intereses, tantas veces inconfesados,
han acabado haciendo de mi Reino una cárcel de normas,
en lugar de la Sala del Festín abierta a todas las direcciones
de la búsqueda humana de felicidad y de vida.*

*Se creyeron los dueños de la Viña
en lugar de aceptarse como humildes servidores,
y no supieron preparar la Sala del Banquete de Bodas de mi Hijo Único,
donde debe correr -y correrá- el mosto de delicias incontables
(aquel Caldo de sublime generosidad, que el mayordomo de casa
reconoció como culminación de todos los vinos anteriores,
cuando en el lugar del agua de las purificaciones,
brotó la Sangre del Costado herido del Amor más generoso.
¡Se acabó la justificación por la Ley, ahora que ha llegado,
para todos, la Salvación por el Amor!).*

Mi Amigo arrancó su Viña de manos de esos traficantes,
arrancó su Viña Amada del dominio de los que confían en leyes y sistemas,
y se la entregó a aquellos hambrientos y sedientos,
que no conocen más poder que el de su debilidad consciente,
necesitada de salvación; aquellos cuya sabiduría de vida
consiste en morir amando, embriagados ya, y para siempre,
de la Ternura de *un Dios Escondido*
en el vértigo de su entrega insondable
-centella de fuego, llamada divina-,
en el Vino de su ardiente comunicación:
*las aguas torrenciales no la apagarán,
los ríos caudalosos no podrán eclipsar su resplandor.
Venid, sedientos todos, bebed de balde:
el Vino de Dios es el más generoso y gratuito.
También el más reconfortante y embriagador.*

L A L E T R A Y E L E S P Í R I T U

HAY palabras tuyas, Señor, que nunca debiéramos perder de vista.
Tal me parece aquella en que nos adviertes:
la letra mata, el Espíritu da vida.

Señor, Señor..., ¡qué fácil nos resulta ser esclavos de la letra,
esclavos de nuestros sistemas de pensamiento,
esclavos de lo ya sabido, lo ya probado, lo que siempre ha sido así,
lo que la tradición nos trasmite como válido para generaciones anteriores...!
Tan pronto echamos en olvido que *la letra mata*,
nos ponemos al servicio de las ideologías dominadoras,
y terminamos mirando con nostalgia (cuando no con idolatría) el pasado,
como si de él hubiera de venirnos la salvación,
¡la Salvación, que siempre nos está viniendo de un Mañana Impredecible
(tu *Kairós* indomesticable)!

En cambio, ¡sólo *el Espíritu da vida!*
Sólo el Espíritu -¡tu Espíritu!- renovador y libre,
es capaz de mostrarnos *algo nuevo*, algo enteramente distinto,
algo que no depende para nada de nuestros antiguos éxitos
ni de nuestros logros del pasado.

Pero, ¿qué es lo que tanto te preocupa a ti, Señor,
cuando nos avisas con toda severidad de que *la letra mata*?
¿Qué muerte es esa que siembra o inocula
la fijación y dependencia de la letra?
La letra de que Tú hablas, en franca contraposición al Espíritu,
es la del pensamiento humano codificado en principios y definiciones,
en leyes y reglamentos, que se pretenden de valor inamovible,
de valor eterno y universal.
¡Pero si tu Espíritu -*ágil y perspicaz*-
es Espíritu que rompe todos los techos del conformismo,
derriba todos los muros de seguridad,
y nos saca al aire libre de la búsqueda en profundidad,
y de la creatividad que rastrea y secunda
tus designios de Salvación por el Amor!
Lo que tanto te preocupa -bien lo sé, Señor-
es que la letra dispensa, a quienes a ella se sujetan,
de la atenta y humilde escucha del Espíritu.

Dios del Espíritu, ¡no de la letra!
Dios de *la Verdad que nos hace libres*,
porque es Verdad que no se deja poseer,
Verdad que no puedo defender con las solas luces de la razón,
porque es la Verdad que me defiende a mí de todos mis argumentos,

con los que pretendo tener más razón que otros,
estar, mejor que otros, en el camino que nos conduce a ti,
que nos revela la altura, anchura y profundidad
del Misterio de tu Misericordia.

Ya comprendo, ya: *La letra mata, el Espíritu da vida.*

Para conocerte a ti, Señor, sólo necesito que tu Amor abra mis entrañas,
abiertas al canto enamorado y enamorante de tu Espíritu.

¡Qué bien, Señor, que nos hayas alertado,
para que permanezcamos atentos sólo a la voz de tu Espíritu,
a la escucha de esa Palabra que jamás podremos reducir a un argumento
con el que rebatir a otro argumento,
a una sabiduría para contraponer a otra sabiduría,
porque es la Palabra, siempre nueva, que no cesa de llamarnos
hacia la hondura del silencio adorativo que todo lo contiene!

INVITADOS AL REINO

DIOS llama a todos al Banquete del Reino.
Todos, quiere decir, que el Reino no debe ser cosa difícil de alcanzar
(¡como si sólo pudieran tener acceso a él
los que saben mucho, o los fuertes, o los astutos...!)
Todos, quiere decir, que sólo quedan excluidos
los que pretenden comprar el Reino con su sabiduría,
su virtud, su propio esfuerzo programado...

Los ricos, que no entrarán en el Reino de los Cielos,
son aquellos que ya tenían de antemano su plan de salvación bien elaborado,
sin dejar resquicio alguno por el que se les pudiese colar
ninguna fuerza extraña (ni siquiera la del Espíritu),
no sujeta a su afán de seguridades y de eficacia.
Los ricos se hicieron ricos a sí mismos
-porque se creyeron capaces de comprar su salvación-
al despreciar la invitación gratuita al Banquete.
Los pobres, son aquellos que reciben con alegría
la llamada al Banquete de Bodas de su Señor.
Los pobres, aceptaron ser pobres, tremendamente pobres,
a fin de que su hambre sólo lo pudiera colmar su Dios.

Rico, lo que tú desprecias, es lo que más necesitas:
que otros te salven con la verdad de su amor.
Pobre, lo que tú tienes, es también lo que más necesitas:
capacidad de gozar de las cosas buenas que sólo puede dar el Amor.

No es que Dios no quiera a los ricos; ¡no, qué va!
Si así fuera, no los habría invitado al Banquete de su Reino.
Son los ricos los que no quieren a Dios,
porque Él no les pide su dinero, sino su amor;
y ellos el amor lo tienen para el dinero;
y, el dinero, para comprar la felicidad y (según se imaginan) el amor.
Los pobres, no; los pobres, tienen su felicidad
en tener a Dios por toda su Riqueza.
Riqueza que es, ante todo, haber desarrollado mucho
la confianza y el abandono en las manos del Padre,
así como la capacidad de dar y de recibir,
en adulta reciprocidad, con los hermanos.

(Se me ocurre que, el pecado de los ricos,
no fue tener que ir a sus tierras, a sus obligaciones familiares,
o a sus negocios temporales,
sino el no ser capaces de ir a todo ello como a algo
que también el Señor les regalaba,
y donde Él quería ser nuestro invitado,
para poder trabajar junto a nosotros).

¡Ah, sí!; pobre, felizmente pobre, es el que sabe descubrir la mano de Dios
tendida, en el recodo de cualquier camino,
para pedirnos nuestra limosna de amor.
Rico, tristemente rico, es el que nunca ha saboreado la alegría de ser salvado,
amado, hecho feliz, por los que no tienen nada,
por los que lo esperan todo -¡y sólo!- del Amor.

MEJORES QUE LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

¿QUÉ tienen los escribas y fariseos,
para no poder entrar en el Reino de los Cielos?
(Si no fueseis mejores que los escribas y fariseos...)
Los escribas y fariseos son los defensores de la Ley,
los estudiosos de la Ley, los intérpretes de la Ley de Dios... Pero,
¿es que la Ley de Dios, la Ley que manifiesta su voluntad salvífica universal,
necesita ser interpretada, por unos hombres para otros hombres?
¿Qué hacen los escribas y fariseos que, al interpretar la Ley de Dios,
se cierran para sí mismos el camino de salvación
que la Ley en sí ya es para todos?
¿No es la *Torah* presencia permanente de Yavé en medio de su pueblo?
¿No es la Ley el signo de una Alianza, a la que Dios no puede faltar,
y que hace libres y felices a quienes a ella se acogen?

Los escribas y fariseos, ciertamente, están al servicio de la Ley.
Están al servicio de la Ley, ¡pero
sin haberse percatado de que la Ley está al servicio de los hombres!
La Ley debe manifestar, en todas sus interpretaciones,
en todas sus aplicaciones, la Voluntad de Dios,
que consiste en salvar todo lo perdido.
La Voluntad de Dios, manifestada sabiamente en su Ley,
es estar al servicio del pobre y del débil.
¡Una Ley que no protege al desvalido no puede ser la Ley de Dios!
¡Ah, sí!: los escribas y fariseos aman la Ley;
la aman, incluso, más que a sí mismos;
pero han hecho de la Ley un fin, y no un medio;
pero han olvidado que, el fin de la Ley; ¡es el Amor!

La Ley debe recordarnos el perdón, más que el castigo.
La Ley debe mover a la confianza, más que al miedo.
La Ley debe ayudar a saber qué es lo que más me ayuda a ser persona,
y, por deducción, qué es lo que empequeñece y afea
mi ser a Imagen del Creador.
La Ley debe poner a Dios en el corazón de quien la escucha,
haciendo de éste una morada de paz,
un espacio de encuentro en la adoración y la alabanza.
¡Oh, y qué hermoso destino el de la Ley de Dios!
La Ley es perfecta, nada le falta, nada le sobra,
porque tiene como meta incomparable, como meta irrenunciable,
comunicarnos, en su obediencia, la suprema perfección de Dios.
¡La perfección de Dios está en el Amor:
su Amor a buenos y malos, con preferencia hacia *los malos*
(los que nosotros llamamos malos),
porque son los más necesitan de su Amor!

Si no os hicieréis mejores que los escribas y fariseos...

¿Mejores..., en qué?

¿No aman los escribas y fariseos la Ley de Dios,
de la que se saben guardianes y pregoneros, intérpretes y defensores?

¡Por supuesto! Los escribas y fariseos, aman la Ley,

incluso más que a sí mismos; Pero

se han olvidado -¡trágico olvido!-,

pero no se han dado cuenta, de que por encima del amor a la Ley,

está y estará siempre la Ley única y eterna del Amor!

P O D E R D E L A F E

CREER es poseer:

¡me pertenece todo aquello en que de veras creo!

Si creo en Dios, ¡Dios es mío!;

y su Amor ensancha mi ser a dimensiones divinas.

Si creo en la Vida, ¡la abrazaré, incluso,

en el corazón de todas mis muertes!

Si creo en el Amor, mi necesidad de amar y ser amado,

me conducirá a encontrar en los otros lo mejor que hay en mí

y en mí lo mejor siempre de los otros.

Si creo en la Belleza, toda hermosura visible

irradiará en mi corazón destellos de comunión con el Invisible.

Si creo en la Amistad, el corazón del amigo

será mío, ¡sin frustraciones ni dependencias!

Si creo en mí mismo, nada grande buscaré fuera de mi propio ser,

negando con dicho buscar mi hondura habitada.

Si creo en la Vida Eterna, ¡la Vida Eterna invadirá mi presente

con luces que, ninguna noche de este mundo,

podrá sofocar de manera definitiva!

Porque creer, es entregarse a aquello en que uno cree,

hasta no poder ya encontrarse uno a sí mismo

fuera de ese mismo acto de fe.

LOS POBRES SON EVANGELIZADOS

CUANDO, movido, sin duda, por el Espíritu, dijiste:
Los pobres son evangelizados, te cuidaste, muy mucho, de añadir:
y bienaventurado el que no se escandalice en mí.
Bien sabías que, la predilección tierna y vigorosa de tu Corazón
por los últimos de este mundo,
no siempre habría de ser bien comprendida por tus seguidores,
demasiado preocupados por la pureza de la doctrina,
cuando no esclavos de su imagen pública
en competencia con los poderes de este mundo.

Pero Tú, Jesús de Nazaret, Profeta de la Liberación Integral del Hombre,
que *viniste a buscar lo que estaba perdido*,
y te sentaste a la mesa con los pecadores,
nunca pretendiste ser un salvador desde arriba,
jamás quisiste otra forma de poder que la de aquel Amor
que te condujo a *ser el último y el servidor de todos.*
Nos revelaste así que Dios es Amor; y que el Amor nada impone,
nada realiza fuera del acto mismo de entregarse, sin cálculo ni medida.

Los pobres son evangelizados, significa, en tus labios,
que no es posible hablar de Dios en el mundo, de una manera convincente,
si no es desde la encarnación en las condiciones y necesidades
de los desheredados de la Historia.
Dios nos recuerda -piedra de toque de autenticidad
de toda empresa evangelizadora-, a través de su Palabra Encarnada,
que el Amor sólo es eficaz a la manera divina, cuando se hace
debilidad con el débil,
misericordia con el pecador,
grito de rebeldía con el que padece
las consecuencias de seculares injusticias.

Los pobres son evangelizados, es el signo más elocuente
de que el Reino de Dios ha llegado entre nosotros.
¡Dios reina donde hay Amor!
Amor que pone toda su eficacia en hacerse semejante a la persona amada.
Los pobres son evangelizados, es el grito de júbilo de quien sabe
que Dios ha plantado su tienda en el barrio de los marginados,
y deja oír su gemido de dolor en el lecho de todos los desahuciados.
¿No es esto lo que nos da la plena convicción de que,
si no escuchamos a Dios en el clamor de millones de personas hambrientas,
¡jamás podremos entender lo que Él mismo quiere decirnos
en las páginas de los Libros Sagrados
y en los ritos de todas las Religiones de la tierra!?

Cuando dijiste, *los pobres son evangelizados*, quisiste, también,
buen Jesús, insinuarnos esta hermosa verdad:
sólo los pobres son capaces de entender el *Amor loco de Dios*.
Sólo los que tienen hambre y sed de salvación, perciben en sus propias vidas
que el Amor de Dios es una novedad inagotable,
una luz inapagable, capaz de encender, en todas nuestras noches de dolor,
hogueras de incombustible Esperanza.

Sólo los pobres pueden hablar adecuadamente de Dios,
permitiendo que Dios mismo se diga a través de sus palabras,
que no contienen ninguna sabiduría autosuficiente.
Sólo cuenta, pues, con la autoridad de Dios, aquella evangelización
que es llevada a cabo por los que tienen alma de pobre,
por quienes no buscan otros medios persuasivos que la humildad
y la mansedumbre, el servicio como renuncia
a toda forma de violencia, de dominio, de explotación...

Los pobres son evangelizados..., ¿no significa también que,
si las Iglesias no se dejan evangelizar por los pobres,
por los que tienen *hambre y sed de justicia*,
por los que sueñan con un mundo mejor,
por los que apuestan por la Utopía de una Humanidad en Abrazo...,
¡jamás serán portadoras de ninguna *buena nueva*,
capaz de aunar los esfuerzos de todos los hombres y mujeres
de buena voluntad, en pro de la Dignidad Humana,
hoy de tantas maneras pisoteada!?
¡Y bienaventurado el que no se escandalice en mí!

I G L E S I A D E C R I S T O

IGLESIA de Cristo: ¡qué desprestigiada estás;
y, cómo duele a mi corazón de hijo el desprecio
de que te hacen objeto muchos de mis contemporáneos!
Los mismos que aman a Cristo, por su excepcional talla humana,
sienten gran dificultad para amarte a ti.
Dicen no ver en tu rostro el Rostro Vivo del Salvador de todos los hombres;
dicen no escuchar en tus labios aquella enseñanza de la Misericordia Infinita,
que mejor nos revela el Corazón Paterno/Materno de Dios.
¡Qué desprestigiada estás!

¿A dónde te encaminas, Iglesia del Crucificado,
si no buscas con Cristo y como Él el Último Lugar?
¿No nos salvó Él por la Humillación y el Fracaso?
¿No vino Él a servir y a dar su vida,
para que ya no buscáramos ni pretendiéramos jamás
otro signo de su Presencia Salvadora, fuera del Amor
que se da sin pedir nada a cambio?
¡Oh, Iglesia de Cristo, ¿cómo podrás servir al Mundo,
si no tienes en ti los mismos sentimientos de tu Señor,
que vino, como Luz que brilla en las tinieblas,
para que tuviéramos vida, y vida en abundancia?!

Pero en ti reside –y residirá hasta el fin de los siglos–
el misterio de la Acción de Gracias y de la Comuni3n.
En ti, Esposa del Verbo Encarnado, permanece el don del Esp3ritu,
que se derrama, como Gozo de Dios, sobre toda carne,
a fin de que todos puedan experimentar en sus propias entrañas
el Consuelo y la Ternura de Dios.
¿Te das cuenta, Iglesia del Resucitado, del Poder que te asiste
de atar y desatar, de liberar o dejar encadenados
a los corazones sedientos de esa Paz, esa Libertad y ese Amor,
que el Mundo no puede dar?

No podremos nunca, los que hemos creído en el Dios de Jes3s,
amar al Ungido, el Enviado del Padre, sin amarte a ti, Iglesia,
que prolongas en la Historia los Signos de su Presencia Bienhechora.
No podremos ¡nunca! Pero..., ¿por qué te empeñas,
en que los que no te aman a ti, tampoco pueden amar al Cristo Vivo,
al Cristo C3smico, el Mediador 3nico entre Dios y los Hombres...?
¡Gran error! ¡Cristo es m3s grande que su Iglesia,
lo mismo que Dios es m3s grande que su Cristo!

No te extrañe, pues, que muchos hombres y mujeres de hoy
de buena voluntad, al no encontrar en ti la Sal
que en este momento necesita la Tierra, te pisoteen;
al no encontrar en ti la Luz
que haga resplandecer las bondades del Mundo, te desprecien.
Precisamente porque aman mucho esta Tierra y este Mundo
¡tan amados de Dios!
¿No enseñó tu Divino Maestro que la levadura sólo es eficaz
cuando se mezcla hasta confundirse con la masa,
y que el que quiera ser primero ha de hacerse último y servidor de todos?

Yo no ceso nunca de hacer mi profesión de fe en ti:
Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y... ¡Peregrina!
Una, en la profundidad del Misterio Trinitario,
donde la Humanidad Histórica, tiene su Hogar único y su único Sustento.
Santa, en la santidad del Espíritu que te habita, Espíritu del Amor
que tiene su más clara predilección en los últimos y pecadores.
Católica, por la enorme riqueza de experiencias y formas
que revelan en tu seno la multiforme Gracia del Dios más grande.
Apostólica, en el asombro ininterrumpido de aquellos primeros
en descubrir que *la piedra desechada por los arquitectos
es ahora la Piedra Angular.*
¡Y Peregrina!: Iglesia que sabe no tener morada eterna en este mundo.
Iglesia que no puede dejar de peregrinar
hacia esas Unidad, Santidad, Catolicidad y Apostolicidad
que le pertenecen como su legado más puro y su meta más irrenunciable.

Yo sé que las fuentes claras de mi Fe y de mi Alegría de Vivir están en ti.
Yo sé que Tú eres el Espacio abierto a todos,
por el Dulce Huésped del alma, para el Encuentro
y Conocimiento Amoroso del Eterno Viviente,
así como para el Abrazo de toda la Creación entre sí,
unificada con su Creador, liberada de todo poder de corrupción,
convocada para la Fiesta de la Fraternidad Universal.

Y sé -sí, lo he sabido con todo mi ser-, que Tú tienes una Misión singular
en la Historia de la Humanidad:
la de ayudar a todo hombre que viene a este Mundo
a comprender que sólo el Amor salva:
¡el Amor que no quiere ser otra cosa que Amor;
el Amor que gusta de pasar desapercibido;
el Amor que es gozo de comunión en todas las bondades;
el Amor que es solidaridad en todos los sufrimientos;
el Amor, en fin, que va dejando en la profundidad de quien así ama
-así se deja amar- el Gusto de Dios, inconfundible
con ningún otro sabor de este Mundo!

Iglesia de Cristo, ¡cómo espera el mundo de hoy, que repitas,
en las huellas de tu Fundador, el gesto majestuoso
de caminar sobre las aguas turbulentas de tanta confusión
y de tanta y tan nefasta negación de la Dignidad Humana!
¡Cómo esperan, mujeres y hombres de buena voluntad,
que tu presencia entre los pueblos de la tierra se autentifique
por aquel poder que Jesús entregó a los suyos de
curar enfermos,
liberar cautivos,
hablar la lengua de la universalidad
y arrojar todos los demonios del miedo, la angustia, la ansiedad,
las dependencias, los protagonismos, la violencia
y todas aquellas esclavitudes que reducen la existencia humana
a una noche de absurdo y sinsentido!

¡Iglesia de Cristo, mi Iglesia!
¿No es la Utopía de *los cielos nuevos y la tierra nueva*
tu santo y seña entre todas las culturas y creencias de la Tierra?
¿No es la Resurrección de la Carne la Semilla Divina
que se te ha puesto en tus manos, a fin de que nunca dejes de sembrarla
en el corazón del espacio y del tiempo, de la Naturaleza y de la Historia?
¡Siembra, siembra, Iglesia de Cristo -¡Iglesia mía!-
sin miedo, con la confianza de que la mejor parte de tu semilla
caerá en tierra buena y dará hasta el ciento por uno!

Yo te amo, Iglesia mía -¡Iglesia del Resucitado!-,
y no puedo dejar de amarte
ni puedo pensarme a mí mismo sin ti.
¿Comprendes entonces por qué, no puedo tampoco dejar de llorar,
cuando veo tu rostro vejado entre las naciones,
despreciada y aún ignorada por hombres y mujeres que aman la vida,
que buscan la verdad, y sueñan con una Humanidad festiva y reconciliada?
¡Iglesia Profética, Anticipo y Anuncio del Banquete
que reunirá ante Dios y en Dios a la multitud
de los hambrientos y sedientos de Vida y de Amor: yo te amo;
yo quiero ser, con todo lo mejor que haya en mí, para que Tú seas!!

S A N T A M A R Í A

Ad Iesum per Mariam

Para Domingo Torá Mellado

SANTA María, nuestra Señora; Santa María, silencio y dulzura;
Santa María, de aquí y de todas partes; Santa, ¡Santa María!
Desde muy niño, mis labios adquirieron la arquitectura de tu nombre.
Desde los albores de mi vida, mi sangre fue navegada
por las naves de tu inmensa Ternura.
Siempre y en todas partes, Santa, Santa María, guía y compañera,
consuelo y fortaleza, estímulo y descanso, comprensión e inspiración:
Vida de mi vida, Camino de mi camino, Poesía de mi alma sedienta.
¡María! ¡Santa María!

En el juego y en el estudio.
Cuando mis labios se abrían al vuelo de los más incandescentes besos.
Cuando toda mi carne era sed y siembra de caricias sin destino...
Tú, siempre Tú, Santa María: Abrazo de inmensidad.
Cauce de mis ansias más profundas.
Sombra más reconfortante que la de aquellos árboles gigantes
del bosque bien amado de mis correrías adolescentes.
¡Indicadora firme de mi destino!
¡María! ¡Santa María!

Un día, imborrable en el calendario de mi entera existencia,
de mi existencia más dichosa;
un día, de los más luminosos entre todos los de mi edad juvenil,
grabé mi nombre, junto al de otros compañeros muy amados,
en el Crisol de tu Corazón de Oro,
a fin de que Tú, Santa María, Señora Nuestra,
encendieras con tus Latidos mis latidos,
con tu Pureza mi pureza,
con tu Hermoso Amor mi amor que tanto necesitaba
una causa a la que entregarse sin medida.
¡Y cómo ardía yo en el deseo de no amar nada ni a nadie,
sin exprimir en todo amor lo divino de tu Amor!
¡María! ¡Santa María!

Te llamábamos *La Señora*;
pero nunca apareciste ante nuestros ojos fastuosa de riquezas,
sino humilde de caminos compartidos,
de trabajos solidarios, de quehaceres escondidos, de silencios enamorados...
¡Qué incomparable tu señorío, Santa María, Señora Nuestra,
tejido hora a hora, minuto a minuto, con el hilo de la Obediencia a tu Hijo
-¡Haced lo que Él os diga!-, en el seguimiento,

tantas veces oscuro, inescrutable, de una vocación de servicio!
¡Tú fuiste la primera en enseñarme que, el que sirve,
no ostenta más rango ni dignidad que los de pasar desapercibido!
¡María! ¡Santa María!

Entonces, en aquella época de mi vida,
soñaba contigo,
cantaba contigo,
amaba contigo,
pecaba contigo...,
¡sí, pecaba contigo, porque en la fragilidad de mi carne
nunca me abandonaste,
para mostrarme siempre de nuevo el camino de retorno a tu Hijo,
mi Señor y Maestro, también mi Amigo!
¡María! ¡Santa María!

Santa María, Madre, Amiga, Hermana;
la Luz más alumbradora; la Gracia más cercana;
el Auxilio más presente y fortalecedor
en los momentos más perdidos y nebulosos de mis años jóvenes.
¡La Señora!, por derecho propio.
¡La Señora!, sin que nadie pudiese disputarte tal título.
¡La Señora!, ¡mi Señora, porque el vasallaje a tu Amor,
elevaba mi vida a cimas de incandescente hermosura!
¡María! ¡Santa María!

Pasaron los años. Muchos años (tantos,
que parece como si hablara de existencias distintas).
Cambiaron muchas cosas (tantas, que parece
como si se tratara de mundos diversos).
Pero Tú, Santa María, Señora Nuestra,
continuaste siempre siendo la misma. ¡Tú, siempre la misma!
El manantial de tu dulzura nunca se agotó
para mi sed de vida, de verdad, de libertad, de hermosura, de amor...:
¡de Dios!
En ti retornaba, una y otra vez, a los veneros más jugosos
de la fidelidad a mí mismo y de la conciencia de misión.
En ti y contigo, la experiencia de Dios,
se me hizo camino y bálsamo,
andadura y bocado sabroso en el Misterio compartido.
Se me hizo, dedo indicador de la falta de vino
en la fiesta de los desposorios de Dios en la vida de cada día.
¡María! ¡Santa María!

Viniste a ser, como lo sigues siendo en esta ya mi última segura etapa,
compañera de campaña en pro de un mundo en abrazo.
Un mundo construido con los materiales únicos de la Paz y la Fraternidad.
Un mundo habitable para todos, pero especialmente acondicionado
para cuantos jamás antes conocieron el respeto a sus derechos,
y el sabor de la dignidad humana
gustado en mesa compartida de blancos manteles.
María, Mujer del Pueblo, conocedora de la fatiga
y la inseguridad del mañana.
Luchar contigo conlleva en el corazón la certidumbre
de que mejor es morir en el combate
que claudicar ante las fuerzas que niegan la Utopía del Reino,
el Reino de los corazones en cadena;
el Reino de la verdad única del Amor
como razón suficiente de nuestra existencia terrena.
¡María! ¡Santa María!

¡Qué lejos llevan tus caminos, Santa María,
Futuro cierto de cuanta Gracia fuera negada en el presente
a los más débiles de este mundo; ¡qué lejos!!
¡Hasta hacernos entrar -hasta perdernos- en el Corazón mismo de Dios!
Son los caminos trazados, desde tu seno virginal, por el Verbo hecho carne.
Caminos que nos permiten revivir, actualizar en todo tiempo y lugar,
la Historia de *Dios-con-nosotros*.
Son los caminos que nos arrojan en los brazos de tu Hijo Primogénito,
donde ser humano, equivale a ser *Comunión en el Misterio Eterno*;
equivale a tocar y ser tocado, en la propia carne, por el Espíritu Divino,
el Espíritu de la renovación que apunta a la Eterna Juventud de Dios.
¡Santa María, Servidora del *Espíritu derramado sobre toda carne*!
¡María! ¡Sí: Santa María!

YO NO SOY SALVADOR DE NADIE

Para Juan Carlos Rosales Tonda

LA conciencia más lúcida que de ti he recibido,
junto a la experiencia de que Tú me amas,
y de que tu Amor es esencia y destino de mi vida,
ha sido la de que yo no soy salvador de nada ni de nadie.
¡Sólo Dios salva!
¡Sólo el Amor de Dios -el Amor que Es Dios-
da a nuestra existencia la certeza de una plenitud
que nada ni nadie nos puede arrebatar.
¡Al amarme con su Eterno Amor,
Dios me ha salvado en el tiempo para la Eternidad!

Yo no soy salvador de nada ni de nadie.
¡Pero sí soy testigo de tu Salvación por Amor!
¡Pero sí me siento autorizado para gritar, a la rosa de los vientos,
que no son mis méritos ni mis obras los que te agradan,
sino la humildad de mi corazón, sediento de ti,
en su clarividencia de que nada puedo
en orden a elevar mi vida en sus dimensiones de espíritu y profundidad.
¡Cuento contigo, que me trabajas en las sombras,
preparándome para el Abrazo de plena Luz!

Yo no soy salvador de nada ni de nadie.
Pero puedo decir a mis hermanos que Tú los amas, como me amas a mí;
y que dentro de cada uno de ellos, existe una cámara nupcial,
una dimensión de interioridad, que, el humano que la encuentra y cultiva,
¡ya ha encontrado la certidumbre de su salvación definitiva!
Saberse salvado en el tiempo y para la eternidad,
no es otra cosa que haber creído con el corazón
que Tú me buscas y me deseas,
como el objeto apasionado de tu inmensa vocación amante.

Yo no soy salvador de nada ni de nadie.
¡Y, cada vez, más cierto! Pero, al dejarme amar por ti,
has abierto en el fondo de mi corazón, tus propios ojos,
para que pueda ver el Mundo como Tú lo ves;
y has puesto en mi humana sensibilidad tu Amor,
para que pueda amar como Tú amas a todos los seres.
¿Cabe pensar en una salvación mayor que ésta,
que me capacita para compartir con todas las criaturas
la Verdad, la Bondad y la Belleza, que testimonian tu Presencia
y tu Acción en cada una de ellas?

Yo no soy salvador de nada ni de nadie.
¿Quién podría dudarlo? Yo no creo en otra salvación
que no sea la de amar y ser amado
Por eso creo en tu Salvación, Dios que precisas de tu criatura,
para volcar en ella los tesoros inagotables de tu Caridad Infinita.
Dios, que me ama al necesitar me, y me necesitas porque me amas.
Dios, que has grabado tu Imagen en mí, para no poder amarte sin amarme;
para que yo no pueda amar a mis hermanos,
sin tender hacia ti, garantía última de todo amor puro y verdadero.

Yo no soy salvador de nada ni de nadie.
Mas, cuando comparto con el pobre mi propia pobreza;
cuando desgarré mis entrañas para que entre en ellas
el grito del marginado y desahuciado;
cuando lejos de despreciar al pecador, le ofrezco mi acogida
y comprensión más cordiales;
cuando a nadie condeno, aunque me condene;
a nadie excluyo, aunque me excluya;
a nadie considero inferior por ninguna diferencia temporal y humana...
¡Entonces, siento que tu Salvación vive en mí,
y que yo ya sólo puedo vivir en ella y por ella!

S Ó L O E L A M O R T I E N E F U T U R O

HABÉIS oído que se dijo:

El mundo futuro será de los que tengan Esperanza.

Pero yo os digo: ¡El mundo futuro será de los que sepan amar!

¡Sólo el Amor tiene las llaves del mañana!

¡Sólo el Amor es, en realidad, camino abierto

hacia un horizonte de abrazo y fecundidad universales!

¡Sólo el Amor nos puede enseñar a esperar en el hombre,

porque nada podemos esperar los unos de los otros,

allí donde no nos amamos de corazón unos a otros!

No hay Esperanza, no, donde no existe un Amor

capaz de *dar la vida por los hermanos.*

Todo hermano es un *otro*, y todo *otro* es mi hermano.

En el mundo no hay, pues, más Esperanza que aquella

de que los unos entreguen su vida por los otros

(¿acaso no ha sido siempre así? ¿Acaso

la medida de toda Esperanza no ha venido unida siempre

al grado o capacidad del Sacrificio por Amor?)

Cuando el otro, por ser *otro*, es tan importante para mí

como yo mismo y los míos..., cuando las diferencias (de piel o de creencias),

no me separan, sino que me acercan más al otro...,

entonces, cuando para defender mi propia humanidad

tengo que defender, precisamente, lo que el otro tiene de *otro*

(distinta manera de pensar, distinta manera de rezar a Dios)...

entonces, y sólo entonces, habremos comprendido

lo que significa amar,

lo que significa tener Esperanza,

lo que significa ser humano,

lo que significa creer en Dios.

Porque Dios siempre es el Otro por excelencia, el Totalmente Otro,

el que justifica y defiende en su propio Ser toda *otroriedad*

(todo derecho a no ser iguales en todo).

Porque Dios siempre es *diferente* a como cada cual lo pensamos;

y por eso, cada ser humano, imagen suya,

es un diferente, un otro, un distinto,

que nos pide, ante todo, el respeto a su propio ser, a su ser en diferencia.

De modo que, todo lo *otro*, resulta ser *sacramento de Dios*,

Misterio de su Cercanía multiplicada, diversificada,

en miles y millones de *Otros*,

que nos interpelan,

que nos llaman al Amor,

que nos llenan de Esperanza.

¿Qué podré saber acerca de Dios,
si me niego a descubrir y a adorar su Presencia en el otro en cuanto *Otro*?
¡No hay Esperanza donde no se da
un verdadero amor de comunión con todo lo Otro!
¡El mundo futuro será de los que sepan abrazar todo lo Otro!

G A L E R Í A D E T E S T I G O S

I

CHARLES DE FOUCAULD

Para Eva e Iñaky

1

PURA intuición la tuya:
Nazaret..., el Desierto...,
y una Iglesia de pobres que predica
Amor en el silencio...

Ser Hermano de Todos
-pura intuición tu empeño-,
compartiendo la vida de los últimos,
de ellos aprendiendo...

Necesitar de todos;
y, beber el Misterio
de Dios, en cualquier cauce
por los siglos abierto...

¡Pura Intuición de Gracia...!
¡Puro milagro del Amor Despierto...!
¡La Pura Desnudez como el espacio:
¡Dios y Hombre al encuentro!!

2

NUEVO Abraham, saliste de tu tierra a lo desconocido.
Recibiste en tu alma la promesa de multitud de hijos.

Mas caminaste siempre en soledad, por el amor tan sólo conducido.
Fue el Amor tu Desierto, tu Nazaret, el Último Lugar por ti elegido.

Y en el Amor supiste ser el Grano, enterrado, de trigo;
hasta morir en soledad la muerte oscura, sin sentido.

Escuchaste al oído una Palabra que encarnaste en tu vida como un grito:
Dios nos pide hoy el culto más sagrado en el servicio a los pequeños
[y últimos.

Te hiciste, sin saberlo, Hermano Universal, necesitando a todos, a todos
[ofrecido.

Y entregaste tu vida como hostia de Abandono Infinito.

¡Nuevo Abraham, por ti el Desierto hoy grana,
frutos de Amor Fraternal y Compartido!

3

DIOS no fue para ti sólo la meta
que hay que alcanzar a golpes de esperanza:
Dios fue siempre en tu pecho la Promesa
que hacía arder tu corazón en llamas.

La Adoración le dio a tu vida forma
de mano abierta y mente arrodillada;
y encontraste en Jesús la única norma
a que ajustar el brío de tus ansias.

Fuiste andariego de caminos vírgenes,
buscando al ser cristiano metas altas;
y cara a cara con un Dios te diste

que es de todos y por todos habla:
ese Dios que derriba muros, diques...,
¡y por Encarnación todo lo salva!

4

LA PROFECÍA DE CHARLES DE FOUCAULD

*Volvamos al Evangelio, de lo contrario
Cristo no estará con nosotros.*

EL futuro de la Iglesia es el Desierto:

¿Cómo, si no, podrá señalar al mundo de hoy el camino que conduce,
de las esclavitudes y dependencias que lo aquejan,
a la gozosa libertad de los hijos de Dios?

El futuro de la Iglesia es Nazaret:

De su encarnación en las necesidades y en las luchas
de los pobres y marginados de cada sociedad,
depende la fuerza profética (es decir, convincente)
de su palabra en el mundo.

El futuro de la Iglesia es la Fraternidad Universal:

Dentro de ella nadie se puede sentir excluido ni marginado;
todos en abrazo, por encima de ritos y creencias,
más allá de las diversas maneras de concebir la existencia humana
y de buscar la felicidad en este mundo.

El futuro de la Iglesia es Jesús, Modelo Único:

*El que ha venido no a ser servido sino a servir;
camino de Plena Humanidad en su ser manso y humilde de corazón;*

revelador con su Vida y con su Muerte del Rostro de un Dios,
Padre y Madre, locamente enamorado de toda criatura humana.

El futuro de la Iglesia es Gritar el Evangelio con la Vida:

Vida que contagia el gozo de sentirse ya salvada por Dios.
Vida que encuentra todo su sentido
en el silencio del servicio más desinteresado.
Vida ofrecida en Acción de Gracias y en Comunión
a todos los sedientos de Vida.

El futuro de la Iglesia es el Último Lugar:

Porque sabe, con sabiduría del Espíritu,
que los príncipes y poderosos de este mundo siempre oprimen;
y sabe, que los primeros puestos en el Banquete del Reino
están reservados a cuantos se aceptaron,
sin dejar de hacer cuanto tenían que hacer,
siervos inútiles y sin provecho.

El futuro de la Iglesia es el Absoluto de Dios:

Conviene que Él crezca y Ella disminuya.
Porque sólo Dios salva -¡y Dios sólo salva!-,
único capaz de *sacar hijos de Abraham de las piedras,*
y único también en satisfacer las más profundas aspiraciones
del corazón humano.

El futuro de la Iglesia es la Adoración al Eterno:

El Dios Más Grande que todas las instituciones e ideas
que alaban y defienden su Nombre.
Ante Quien no cabe más que el silencio del alma enamorada,
rendida ante el asombro de tan inmenso Amor.

El futuro de la Iglesia es el Abandono en Dios:

Nada busca para sí misma en forma de honores ni privilegios;
acepta la incompreensión, la persecución y el fracaso
que le pudieran venir por mantenerse fiel al Evangelio,
siguiendo a su Maestro con la Cruz;
y trabaja en la más tranquila gratuidad, sabiendo que su Misión
en el mundo no depende de la eficacia de los medios temporales.

El futuro de la Iglesia es la Sencillez Evangélica:

¡Volvamos al Evangelio!:
Sencillez de Jerarquía.
Sencillez de Moral.
Sencillez en las expresiones Litúrgicas.
Sencillez, sobre todo, en la exposición de la Verdad Revelada,
que nos transmite la Diafanía del Verbo hecho Carne.

La Iglesia del Futuro será así una Iglesia de Resucitados:

Mujeres y hombres audaces y libres,
amantes apasionados de la vida y arriesgados defensores

de la Dignidad y los Derechos Humanos;
bienaventurados en la Pobreza de su espíritu solidario;
bien dispuestos a entregar sus vidas,
en el día a día de sus responsabilidades, como *el grano de trigo*
que no teme morir para dar fruto abundante.

II

RECORDANDO A JUAN XXIII

Para Manuel Sánchez Martínez.

1

TU huella, profunda huella,
no habrá siglos que la borren,
ni tormentas.

Tu huella..., a fuerza de ser humana,
¡tan evangélica!

Tu huella..., ¡ella sola primavera
de la Iglesia!

Otros quisieron colgar
nubarrones de tristeza,
donde tú colgaste soles
de inocencia.

Otros, que no comprendieron
la urgencia
del abrazo de los pobres
para ennoblecer la Tierra.

¡No habrá siglos que la borren,
ni tormentas!
¡Ella seguirá dando cosecha!

¡Tu huella..., a fuerza de ser humana,
tan evangélica!

2

¿VERDAD, Juan XXIII, el Papa Bueno,
que otra vez hace falta en la Iglesia
que entre aire fresco;
que el corazón ocupe la Cátedra Sagrada,
y nunca más el miedo;
que la Esperanza vuelva a convocar al Mundo
al abrazo fraterno;
que los vitrales de los templos sean
poemas de ternura con Dios en medio;
que la Fe haga sencilla la vida para el Hombre

y al Hombre mismo hermano del Misterio;
que la Paz no se nombre jamás como equilibrio,
sino como canción de amor por nuestros pechos;
que la pobreza sea la fuerza más alegre
de un Mundo insatisfecho;
y, que sean los creyentes, en medio de los hombres,
el signo inconfundible del que sirve
desde el último puesto...?
¿Verdad, Juan XXIII, ¡el Papa Bueno!?

3

(JUAN XXIII predica sobre 1ª Corintios, XIII)

QUISIERA mostraos ahora el camino de la mejor humanidad:
Aunque supiera hablar todas las lenguas de la Tierra,
y pudiera comunicarme fácilmente con los seres invisibles...,
si no sé llegar al corazón del hombre, ¡soy un sonido sin mensaje,
palabra de tropiezo para los sedientos de la Verdad!

Aunque poseyera el mayor don de gentes,
capaz de movilizar multitudes a mi paso;
aunque me reclamaran como árbitro de contiendas internacionales,
con gran poder de influencia sobre gobiernos y pueblos...,
si no creo en que todos los hombres, pueblos y culturas poseen su
[parcela de bondad,
¡me convierto en una pieza más del engranaje del poder que aplasta!

Aunque conociera todos los misterios de la Divina Revelación,
y fuera el mayor paladín de la Ortodoxia;
y aunque supiera presentar la Doctrina de la Fe de un modo convincente,
incluso para agnósticos y ateos militantes...,
si no tengo Fe en el Hombre y en su Dignidad Sagrada,
que supera en sí todos los intereses, ideologías y creencias, ¡soy una
[pasión inútil!

Aunque gozara de gran facilidad para el éxtasis y el arrobamiento,
y llegara a disfrutar de un trato íntimo personal con Dios;
aunque mi Fe en Cristo Resucitado fuera tan grande
como para haber desterrado en mí todo miedo a la muerte...,
si no estoy comprometido en las luchas
por las libertades históricas de mujeres y hombres, ¡estoy muerto en vida!

La Fe en el Hombre es imprescindible para la Fe en Dios.
Por nuestra Fe en el Hombre
abriremos a muchos hombres el camino de la Fe en Dios.

Quien no cree en el Hombre, a quien ve, no puede creer en Dios, a
[Quien no ve.

Quien no alcanza a ver a Dios en el Hombre,

difícilmente acertará a ver al Hombre en Dios.
Pues Fe no es creer en lo que no vemos,
sino ahondar en el misterio de todo cuanto vemos,
hasta tocar en todo la Presencia Viva de Dios.

Creer en el Hombre
es rendirse ante la Imagen del Absoluto que lo constituye,
y que ninguna miseria real podrá arrancar jamás de su corazón.
Creer en el Hombre
es estar convencido de que cualquier ser humano, posee,
en cualquier momento de su vida, la posibilidad de empezar de nuevo.
Creer en el Hombre
es obrar en consecuencia con la certeza de que ningún ser humano
se salva o se pierde en solitario.
Creer en el Hombre
es hacer hincapié en lo que nos une,
por encima de lo mucho que nos pueda separar.
Creer en el Hombre
es alegrarse de la parte buena que todo humano lleva en sí,
como chispa imborrable del Creador.
Creer en el Hombre
es preferir morir antes que matar.
¡Creer en el Hombre
es creer que Dios camina en todo lo verdaderamente humano!

Sólo la Fe en el Hombre redimirá al Hombre
de todas las redes del miedo, la angustia, la desesperanza...
Sin la Fe en el Hombre, toda otra Fe es falacia;
toda Ciencia, laberinto; toda Política, enredo de ambiciones;
toda Religión, dominio sobre las conciencias.
Porque las Civilizaciones, caerán;
las Ideologías, perderán su vigencia;
los Dogmas, se harán innecesarios.
¡Sólo la Fe del Hombre en el Hombre,
arrancará al Hombre de los límites de su orgullo y autosuficiencia,
de sus caminos de violencia y de su afán de seguridades...!

Cristo-Jesús es el gran proclamador de la Fe en el Hombre.
Cristo-Jesús, que ha atado *-como un abismo que llama a otro abismo-*,
el Misterio de Dios con el Misterio del Hombre:
Dios, que es el Misterio de la absoluta Gratuidad,
con el Hombre, que es el Misterio del hambre insaciable.
Cristo-Jesús, Palabra que nunca deja de llamar
a lo esencial y radical de la experiencia humana.
Cristo-Jesús, que es la meta de felicidad y de abrazo,
que llevamos todos escrita en nuestro ser más inalienable.
Cristo-Jesús: el *Sí* al Hombre desde Dios,
y el Gozo de Dios en el Hombre y con el Hombre.

Ahora, pues, somos el Hombre en camino hacia el Hombre;
pero cuando encontremos del todo al Hombre,
¡seremos -¡y para siempre!- el Hombre transformado en Dios!

III

LAMENTO ESPERANZADO POR EL ASESINATO DE OSCAR ROMERO

NO lloro porque fueras un Príncipe de la Iglesia.
(Tú nunca perteneciste a la satrapía eclesiástica).
Lloro porque eres un hombre de Jesús y del Evangelio.
Lloro porque eres un pobre del mundo
y un servidor de los pobres de América Latina.
Lloro porque eres una voz libre
en defensa de la Libertad de todos los oprimidos.

Quisieron matar en ti el nacimiento de una Iglesia
del pueblo y para el pueblo.
Quisieron asesinar en ti la esperanza de un mundo
en fraternidad y en abrazo.
Quisieron borrar contigo toda huella de la presencia viva
y molesta de Jesús de Nazaret.
Quisieron que se cerraran tus ojos para siempre,
a ver si la luz de la verdad que en ellos ardía,
los dejaba caminar tranquilos, con la mentira de su violencia
y de sus dividendos bancarios.
Quisieron que tu nombre pasara a ser un recuerdo,
un sentimiento popular que poco a poco se borra,
un nuevo motivo de comparsa callejera
o un tema lacrimógeno de folletín de masas...
Pero, ¡estás vivo!; y tu sangre,
unida a la de todos los profetas de la Dignidad Humana,
es ya un surtidor de luz inapagable,
que habrá de cegar a cuantos siguen empeñados
en negar que, cada Hombre, es Dios entero;
y Dios no tiene culto que más le honre
que la defensa de los desheredados de la tierra.

Bueno es que hayas caído en medio del Sacrificio de Jesús,
que tú renovabas cada día.
Bueno es que hayas caído con las palabras del Amor en tu boca
y el perdón floreciendo en tu corazón y en tus gestos.
Bueno es que hayas caído, tú el primero, abriendo esa brecha
por la que habrán de pasar

muchos de tus hermanos obispos de América Latina
y de la Iglesia Universal;
y hasta muchos sacerdotes y bautizados, que creen en el Amor
y no en el Odio, en la Vida y no en la Muerte.
Bueno es que hayas dicho con tu vida y con tu muerte,
que no vale la pena ser Hombre -¡y menos ser Cristiano!-,
si no es para compartir el dolor de esta historia nuestra
de enfrentamientos y atropellos, de discriminaciones e injusticias,
y sembrar en su entraña la fuerza de un Mundo Nuevo,
el Mundo de la Fiesta Eterna y Universal,
el Mundo del abrazo sin cadenas, sin rejas, sin fronteras...
Bueno es que ya estés junto al Padre y junto al Señor Jesús,
para descansar de tantas y tan duras peleas,
y para animarnos a no dejar sin relevo el puesto que tú ocupaste,
con fe y hombría tan claras,
en defensa de una vida terrena digna del hombre y su destino eterno.

No lloro, no, porque fueras un Príncipe de la Iglesia,
ni ese hombre importante por el que se decretarán tres días de luto nacional.
Lloro, como se llora de rabia y de alegría al mismo tiempo,
lloro, porque contigo la Iglesia se ha acercado más a lo que quiso Jesucristo;
porque contigo, con tu manera de vivir y tu manera de morir ,
¡la Humanidad entera ha crecido en su talla más vigorosa y auténtica!

IV

PERFIL ESPIRITUAL DE THONY DE MELLO

A Pili Luna

1

VINO Thony de Mello,
y nos mostró el abrazo fecundo e invencible
del Dios de la danza con el Dios de la Cruz.
Vino, y nos hizo ver
que la metáfora del corazón,
tiene fuerza por sí sola para rehacer el mundo
desde sus cimientos.
Vino, y nos desveló que, la verdadera sabiduría,
es saber ser -simplemente ser-,
en el sagrado respeto
al Silencio que nos habita.

2

¿QUÉ es el silencio?
Thony de Mello responde:
el trabajo de las raíces.
Y, ¿qué es la soledad?:
el circular por las ramas
libremente de la savia.

Y, ¿qué es el amor?:
¡el silencio y la soledad
en abrazo de cósmica alegría!

3

NO hay hombres grandes y pequeños.
No hay santos y pecadores.
Sólo hay
criaturas que han aceptado o no
saberse amadas de Dios
allí, donde ninguna otra mano
podría aplicar el bálsamo
sobre sus más abiertas heridas.

4

UNA religiosidad es verdadera
(¿no fue Jesús de Nazaret quien dijo:
el que quiera ganar su vida la perderá?),
cuando el creyente no busca en ella
seguridades para el hoy ni para el mañana.
Ser santo
es responder a una llamada
que cada instante nace nueva
de las entrañas de la vida.
Ama,
y acertarás con la tarea
que los demás esperan de ti.

5

SI el mundo ha de salvarse...,
no será por los hombres que pronuncian
discursos interminables;
será
por el amor que nunca grita,
por la inutilidad de tantas vidas hechas raíces,
por la oscuridad del gesto servicial
repetido sin cansarse,
por la pequeña luz acariciada
en la penumbra del instante...
Si ha de salvarse el mundo,
si el mundo ha de salvo...,
será por los que saben admirar
la hermosura del mundo,
¡sin pretender cambiarlo!

V

**Al Papa Juan Pablo II,
por su Carta Apostólica
“Novo Millennio Ineunte”**

ASÍ ha de ser el Nuevo
Milenio que ahora empieza:
de audacia anunciadora
y denuncia profética;
ha de ser, en las huellas
de Cristo, Vida Nueva,
vida ajena al orgullo,
el odio y la violencia.
No de poderes fácticos;
sí de manos abiertas
que dan y que reciben
en amistad sincera.

Ha de ser el Milenio
que abolió la miseria
de dos tercios del mundo,
y estrenó la Pobreza:
¡la Pobreza que sabe
compartir dicha y pena;
la Pobreza que es reina
de humanidades plena.
Queremos un Milenio
que en nada se parezca
a este mundo decrepito,
de explotación y guerras;
este mundo en que manda
el que tiene más fuerza,
y amordaza al rebelde,
si no es que lo condena.

Ah, si el nuevo milenio
fuese al fin la Promesa
hecha realidad
del abrazo sin tregua...
Porque los Cielos Nuevos,
porque la Nueva Tierra,
¡siempre estarán viniendo
si hay una fe que espera!

Ah, si el Pueblo de Dios,
peregrino en la Tierra,
supiera hacer silencio

para escuchar los pasos
de Aquel que siempre llega...

Gracias por tu palabra,
Vigía de las Iglesias,
visionario que anuncias
al corazón que adora
y al alma que contempla,
la Paz Universal
como cosecha eterna
que, en el Rostro de Cristo,
es fuente de Luz Cierta.

(¡Es fuente de Luz Nueva!)

I N D I C E

Confesión preliminar	3
I) INVOCACION	6
Oda al Espíritu del señor Jesús	7
Presencia del Espíritu.....	8
Conciencia de ser tuyo	9
Te necesito	11
Vivir en el Misterio.....	12
Con gemidos inefables.....	14
Vivir la oración.....	16
La Voz del Espíritu.....	17
Cuando escucho su Voz.....	18
Lo que más agradezco yo al Espíritu	19
Nacer de nuevo	20
Espíritu de las lenguas de fuego	21
Espíritu de la Verdad Plena.....	23
Espíritu de la Santidad	24
Espíritu de Infancia.....	25
Espíritu de la Perfecta Alegría.....	27
Espíritu del Amor	29
Dejarse amar por el Amor.....	30
Espíritu del Santo Abandono.....	31
Espíritu de los Frutos Abundantes.....	33
Espíritu de los Siete Dones	35
Espíritu del Santo Nombre.....	39
II) PRESENCIA	41
El Rabí de Nazaret.....	42
Necesitamos un Maestro	44
Miradas al Salvador.....	46
Mística Cristiana.....	47
Ante un Icono	48
Tú me enseñas a amar	51
Véante mis ojos... ..	52
Cristo es el Amor.....	53
Oh Noche amable más que la alborada (Pregón Pascual).....	54
Resucitó.....	57
Único que reconcilia en sí el día con la noche *	58
Elévate, Sol de Justicia*	59
Resurrección*	60
Todas mis fuentes están en ti.....	61
Cristo es sólo uno	63
Camino, Verdad y Vida	64
Eternamente Joven.....	66
Cristo Cósmico	68
Mientras camino por la ciudad	70

III) TESTIMONIO.....	74
Minigénesis	73
La debilidad de Dios es el Hombre	75
Mi Acción de Gracias	77
En el Principio había Sentido	80
Mi Cantar de los Cantares	82
Te llamarán "Desposada"	84
Tú mismo eres Deseo.....	86
La Viña de mi Amigo	87
La letra y el Espíritu	89
Invitados al Reino	91
Mejores que los escribas y fariseos	93
Poder de la fe	95
Los pobres son evangelizados	96
Iglesia de Cristo.....	98
Santa María	101
Yo no soy salvador de nadie	104
Sólo el Amor tiene futuro.....	106
GALERIA DE TESTIGOS	108
I) Charles de Foucauld	
1 Pura intuición la tuya.....	108
2 Nuevo Abraham.....	108
3 Dios no fue para ti sólo una Meta	109
4 Profecía de Charles de Foucauld	109
II) Recordando a Juan XXIII	
1 Tu huella	112
2 ¿Verdad, Juan XXIII, el Papa Bueno...?	112
3 Juan XXIII predica sobre 1ª Cor, XIII	113
III) Lamento esperanzado por Mns. Oscar Arnulfo Romero	115
IV) Perfil Espiritual de Thony de Mello	
1 Vino Thony de Mello	117
2 ¿Qué es el silencio?	117
3 No hay hombres grandes y pequeños	117
4 Una religiosidad es verdadera	118
5 Si el Mundo ha de salvarse	118
V) AL Papa Juan Pablo II	119